

**ANÁLISIS DE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA EN EL CONFLICTO ARMADO EN
COLOMBIA.**

Iván Andrés Marín Mesa

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA
BOGOTÁ D.C.
2013**

**ANALISIS DE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA EN EL CONFLICTO ARMADO EN
COLOMBIA.**

**ANALISIS DE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA EN EL CONFLICTO ARMADO EN
COLOMBIA.**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA
BOGOTÁ D.C.
2013**

**ANALISIS DE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA EN EL CONFLICTO ARMADO EN
COLOMBIA.**

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	2
Capitulo I. Contexto histórico y conceptual del conflicto y las distintas manifestaciones de la violencia en Colombia.....	4
1.1. La necesidad de teorías contemporáneas para el análisis del conflicto armado en Colombia.....	5
1.2. Pensando en la dimensión simbólica del conflicto armado en Colombia.....	19
1.3. Conceptualizar la violencia simbólica.....	24
1.4. Violencia simbólica hacia las minorías étnicas en Colombia.....	26
Capítulo II. Violencia simbólica hacia las comunidades étnicas no hegemónicas en Colombia: el caso del Urabá antioqueño.....	28
2.1. Los Afrodescendientes en Colombia: panorama histórico de la discriminación.....	28
2.2. Marco general de la discriminación, la violencia y el conflicto armado en la sub-región del Urabá-antioqueño.....	33
2.3. Caracterización Cultural.....	38
2.4. Órdenes regionales y cruces de violencias: estructural, directa y simbólica..	41
2.5. Interpretación de la violencia cultural hacia los afrodescendientes a la luz de la discriminación subregional del Urabá antioqueño y el racismo en Colombia.....	47
Conclusiones.....	52
Bibliografía.....	54
Anexos.....	56

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de grado es una reflexión académica con el ánimo de aportar a la ciencia política subrayando la necesidad de enfatizar en los estudios de la relación entre política, cultura e historia. En cumplimiento de esta idea la tesis se ocupa en la mención y el desarrollo de un aspecto vital (violencia cultural) para el análisis del conflicto armado colombiano y su entendimiento. La incursión investigativa de los “conflictólogos” para la caracterización y comprensión del conflicto, que aqueja al país hace ya más de 60 años, ha sido y es indispensable para entender la cadena de causalidades que originaron, alimentaron, escalaron y “normalizaron” la confrontación y sus múltiples secuelas.

La metodología utilizada en este trabajo de grado se basa en la revisión de fuentes secundarias, la pesquisa y comparación bibliográfica de los resultados obtenidos con mención directa o indirecta de la denominada violencia cultural o violencia simbólica. Con el fin de proporcionar un acercamiento a este tema de la violencia cultural que ha sido poco explorado desde la perspectiva de resolución de conflictos, permitiendo un ejercicio inicial que permita interpretar la conjugación de interrelaciones entre la violencia directa, la violencia estructural y simbólica. Al advertir esta especie de causalidad circular sale a flote una reproducción y nutrición mutua de estos aspectos o dimensiones que componen la violencia. En este sentido la violencia simbólica no siempre es un reflejo de la violencia estructural, muchas veces se constituye en una circunstancia propiciatoria de la violencia directa y el mantenimiento de condiciones estructurales de dominación y sometimiento.

En el primer capítulo se realiza una revisión bibliográfica de las investigaciones pioneras y, en cierta medida, emblemáticas de la violencia en Colombia y los orígenes del conflicto, también se revisan investigaciones que plantean un panorama de la confrontación actual y sus consecuencias. Este capítulo se centra en resaltar que la ciencia política en particular no ha dedicado el suficiente esfuerzo y dedicación a la exploración de esta dimensión (violencia simbólica) de nuestra guerra interna. El espíritu que informa a este primer capítulo es el de exhortar e invitar a la elaboración de múltiples y cualitativos estudios de la violencia en toda su magnitud semántica y su multidimensionalidad fenoménica. En este propósito nos inspiramos en el planteamiento de Johan Galtung y su triángulo de la violencia. Como referentes teóricos y ejemplos para una futura profundización conceptual de Galtung y su arista de la violencia simbólica se mencionan como complementos las perspectivas analíticas de investigadores como Teun van Dijk, Pierre Bourdieu y Michel Foucault.

En el segundo capítulo se desarrolla la interpretación de la violencia cultural sobre los afrodescendientes en el Urabá antioqueño. En primer lugar, se plantea un panorama de la situación en la que se encuentran estas comunidades, es decir, la violencia estructural que sobre ellas se dio en el pasado y que sobre ellas recae en la actualidad. Después se esboza, a través de un recuento somero de algunas de las investigaciones históricas de la subregión del Urabá antioqueño, teniendo en cuenta una periodización que distingue los procesos de la colonización, los de agro-industrialización y los de la seguridad en dicha zona. En la perspectiva histórica de María Teresa Uribe y sus discípulos, los llamados órdenes subregionales son verdaderos estadios históricos que dan razón no sólo de las causas estructurales del conflicto, la intensidad de las violencias sino, sobre todo, de un elemento recurrente de cada uno de los órdenes: la violencia simbólica como racismo y discriminación.

Destacamos de la parte conclusiva la necesidad de visibilización de la cultura y la

violencia cultural que se da contra las comunidades afrodescendientes. Subrayar esta dimensión es indispensable si la sociedad colombiana persigue la obtención de verdad, justicia y reparación.

CAPÍTULO I

CONTEXTO HISTÓRICO Y CONCEPTUAL DEL CONFLICTO Y LAS DISTINTAS MANIFESTACIONES DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA.

El conflicto armado colombiano posee una gran complejidad¹ que debe ser considerada para su análisis. Características estructurales del conflicto como su larga duración, la pluralidad de actores y sus diferentes dinámicas de confrontación, representan ese nodo complejo que no permite un análisis lineal homogéneo de los más de 50 años de confrontación. Es por esta razón que es necesario analizar este conflicto por periodos de tiempo determinados y no como una totalidad, ya que, con el correr de los años se han producido transformaciones relacionadas con los procesos de escalada y estancamiento del conflicto (Mitchell,1996) lo anterior obliga, a que las investigación sobre éste, tengan en cuenta el contexto, analizando la intervención de nuevos actores a la confrontación y las dinámicas de expresión de violencia que cada periodo ha presenciado, desde luego también las diferentes expresiones de violencia regionales.

Estas transformaciones del conflicto armado colombiano exigen que el proceso sea continuo, asistido y complementado por nuevos aspectos y también nuevas miradas y renovados análisis, para lo cual se acude a perspectivas y teorías contemporáneas sobre conflictos e investigación para la paz que permitan entender esta realidad de una manera más completa y menos descriptiva.

¹Putnam, L. y Wondolleck, J.(citado en Salamanca, 2008) expresa que la complejidad está ligada al número de partes, al número de problemas y a su naturaleza entretejida, a los niveles o capas de los sistemas sociales en los que la disputa reside y a la dificultad para ubicar espacios para abordar el conflicto.

Desde el campo de la resolución de conflictos e investigación para la paz se propone desde este trabajo de grado dar cuenta de un aspecto que no se ha resaltado suficiente y sistemáticamente: nos referimos a la llamada violencia simbólica que está presente en el conflicto colombiano y que interactúa con otras instancias del mismo, integrando un marco complejo de múltiples resonancias y causalidades. Es por eso necesario una mirada más detallada, para ir subsanando el hecho de que se deja en segundo plano o no se reconoce la dimensión cultural, específicamente la violencia cultural que siendo omnipresente está invisibilizada y quizá la padecen sus víctimas en silencio.

1.1. La necesidad de teorías contemporáneas para el análisis del conflicto armado en Colombia

El presente trabajo pretende proporcionar elementos de análisis sobre el conflicto armado colombiano considerando la dimensión de la violencia simbólica. Sabemos que el conflicto ha sido estudiado desde diferentes disciplinas como la sociología, antropología y recientemente por la ciencia política. Desde luego, se han proporcionado aportes a la investigación del conflicto que facilitan su entendimiento y discernimiento pero, en mi opinión, hace falta mostrar y explicitar otras facetas del conflicto para comprenderlo global e integralmente. Es por esta razón que este trabajo, desde la perspectiva de la resolución de conflictos e investigación para la paz, se enfocará en el estudio de la violencia, particularmente del componente simbólico que este fenómeno posee.

En las investigaciones consultadas sobre el conflicto armado y la violencia en Colombia se hace manifiesto un análisis bastante detallado en cuanto a los orígenes históricos y causas profundas del conflicto armado, también un análisis de los actores y su inserción en la confrontación, dinámicas de la violencia guerrillera y paramilitar con sus consecuencias dolorosas para las víctimas civiles (muertes, mutilaciones, violaciones y desplazamientos forzados), en general, se

evidencia un esquema narrativo y explicativo de lo que es la violencia directa que ejercen los actores y la violencia estructural por parte del Estado y la sociedad. También hay que reiterarlo, son escasos, para no decir nulos, en la bibliografía *mainstream* de la violencia y el conflicto colombiano, los temas de la cultura y la violencia cultural desde la ciencia política, puesto que, desde la antropología se han dado los más grandes aportes.

El primer trabajo sobre el conflicto armado colombiano al que me referiré, hace parte de las investigaciones pioneras enfocadas en la violencia, las cuales tienen un carácter explicativo sobre los inicios del conflicto. German Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña escriben “La Violencia en Colombia” y elabora un amplio mapa de los antecedentes históricos de la época de la Violencia, es decir desde 1930 a 1948. Los autores desarrollaron y explicaron esta etapa del conflicto con tres grandes ejes, primero mencionan los brotes de violencia que se produjeron en los departamentos de Santander, Boyacá, Cundinamarca, Antioquia y Caldas. En segunda instancia, el cambio de gobierno en 1946 con la presidencia de Mariano Ospina Pérez donde se profundiza la violencia y los odios entre los partidarios del liberalismo y el conservadurismo. Igualmente, los autores plantean en 1948, con la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, el antecedente histórico que dio inicio a las olas de violencia en los diferentes departamentos del territorio nacional los cuales son estudiados de acuerdo con los hechos de violencia particulares de cada región. En esta descripción y narración de los hechos se hace énfasis en la violencia directa (Galtung, 1998) es decir, el acto como tal. En la segunda parte del libro, los autores plantean los elementos estructurales del conflicto analizando los grupos en confrontación, realizando de alguna manera un estudio intra-parte de los actores armados para conocer sus políticas y su organización interna, cuando desarrollan un capítulo sobre la semblanza de los jefes guerrilleros. También realizan una descripción de las tácticas, financiación y dinámicas del conflicto para esa época conocida como “La Violencia”:

“Entre las prácticas utilizadas para hostilizar a los enemigos, ocupa el primer lugar el “boleteo”, que consiste en anónimos con orden perentoria de desocupar la región, estipulando plazo de días, en veces de horas. Al analizar estos mensajes, observamos que son utilizados por primera vez en el Valle y Caldas, de donde se extiende su uso a todas las áreas de la violencia”. (Guzmán, et al, 1962, 219)

En el fragmento anterior se puede ver que el análisis de la violencia que realizan los autores, es el de los actos de violencia física o mejor dicho en la que se mata o en la que la amenaza es de muerte o eliminación directa.

En la tercera parte del libro, los autores se centran en resumir algunos hechos ilustrativos de la dinámica del conflicto para esa época y las expresiones de violencia que se producían. Hacen un análisis de la mortalidad, donde se plantea la cifra de 180.000 personas asesinadas en la época de la violencia partidista (Guzmán, et.Al. 1962, 317). También presentan datos sobre las migraciones internas causadas por el fenómeno de la violencia. Esta parte final del libro es de vital importancia ya que Eduardo Umaña realizó un vasto recorrido por el ambiente penal y jurídico de la época y las falencias estructurales que evidencia en Colombia, por ejemplo, menciona Umaña, la ausencia y falta del ministerio público. Todas estas descripciones y narraciones que se presentan a lo largo del texto son puestas a la luz del campo académico al final de la obra cuando los autores reconocen que su investigación sociológica necesita ser ampliada desde otros campos de estudios, entre estos las teorías de conflictos contemporáneas como lo propone este trabajo de grado.

“Es difícil ofrecer explicaciones sociológicas completas del intenso y complicado proceso de la violencia en Colombia, algunos de cuyos aspectos quedan descritos en las páginas precedentes. Dentro de las posibilidades actuales de la ciencia, sólo se pueden presentar hipótesis y aplicar conceptos en un

determinado marco teórico, esperando nuevas técnicas y aportes que permitan establecer las cadenas de causalidad y efecto con mayor exactitud". (Guzmán, et al., 1962, 431)

Los autores desarrollan su investigación mediante un estudio estructural funcional de la violencia en Colombia (Guzmán, et.al., 1962, 437) en donde proponen una serie de conceptos pertinentes para el análisis del conflicto colombiano, por ejemplo los vínculos sistémicos:

"Los ejemplos anteriores ilustran el hecho de que durante la "violencia" hubo una vinculación entre los sistemas sociales de una misma localidad y entre sistemas a distintos niveles de integración. Es muy elocuente que la "violencia" hubiese tenido por cuna las cámaras legislativas y los despachos oficiales en Bogotá, y que de nivel a nivel hubiese ido bajando hasta llegar al pueblo... Por ahora puede concluirse que los vínculos sistémicos se constituyeron, en el sistema nacional, en fáciles canales por donde viajaron las consignas, las actitudes y las comunicaciones de toda índole que modificaron la estructura de los valores del pueblo colombiano, condicionándolo para los actos violentos". (Guzmán, et al, 1962, 437)

Como lo evidencia el fragmento anterior en análisis estructural del conflicto es trabajado con intensidad por los autores y para profundizar en esta idea es justo rescatar el concepto de agrietamiento estructural que proponen:

"Al generalizarse este descubrimiento y saturarse de violencia el ámbito nacional, empezaron a afectarse sucesivamente las instituciones a varios niveles. El proceso paso del nacional al regional, del regional al comunal, del comunal al vecinal, del vecinal al familiar, del familiar al diádico, -y luego a su vez en sentido contrario-, provocando lo que no en otra manera pudiera describirse como un agrietamiento en las estructuras sociales. La "grieta" dejo al descubierto algunos puntos débiles de la estructura social colombiana –la impunidad (en las instituciones jurídicas), la falta de tierras y pobreza (en las instituciones

económicas), la rigidez y el fanatismo (en las instituciones religiosas), la ignorancia (en las instituciones educativas)”. (Guzmán, et al., 1962, 438)

Grosso modo, ese es el trabajo pionero que estudio la época de la violencia en Colombia, describiendo el proceso social del fenómeno y del conflicto. Es relevante en este momento mencionar que no se da una mirada en cuanto a la violencia como tal y su concepción, sino que se trabaja más en la época conocida como La Violencia, ocupándose en su dimensión directa, ósea, los actos bélicos de un lado y la dimensión estructural de la violencia de otro, en la que se involucraron diferentes actores.

Un segundo e importante trabajo sobre el conflicto y sus análisis es el elaborado por Gonzalo Sánchez y Donny Meertens “Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia” que tiene un carácter investigativo de las causas del conflicto y es referente obligado de múltiples investigaciones al igual que de este trabajo de grado. El primer capítulo del libro comienza la elaboración teórica-conceptual de bandolerismo tomando los análisis que en otras latitudes del mundo se han proporcionado desde la academia sobre este fenómeno social², para después poder entender las dinámicas locales que dan inicio a la confrontación armada en Colombia. Después de la definición de bandolerismo los autores plantean en su segundo capítulo, una serie de antecedentes de la violencia en las diferentes regiones. En esta instancia los investigadores generan un panorama de los procesos y causas del fenómeno del bandolerismo como tal en nuestro país:

“Guerra civil y pobreza parecen haber sido durante el siglo XIX dos variables dominantes de la dinámica interna de la sociedad colombiana. Sin embargo, después de cada una de las tantas guerras que hubo en el siglo XIX, lo que

²Hobsbawm (1959) Primitive Rebels: studies in archaic forms of social movement in the 19th and 20th centuries. Manchester

paradójicamente se ha afirmado es la continuidad de las estructuras de dominación y la delimitación clara de ciertas identidades básicas entre las dos colectividades políticas tradicionales: los partidos liberal y conservador. La impresión que dejan esas guerras es la de una inquietante irracionalidad que ha llevado a caracterizar estas dos grandes fuerzas políticas, más que como partidos, como subculturas de la vida cotidiana". (Sánchez, Meertens, 1983, 29)

En el fragmento anterior se puede apreciar el carácter de análisis estructural que se le brinda al análisis del conflicto desde la mirada y el estudio del bandolerismo en Colombia, mencionando las causas del alzamiento armado en las regiones donde inicialmente se originó el conflicto. En el segundo capítulo del libro, Sánchez y Meertens, también realizan un análisis de las fuerzas y contradicciones en juego, lo cual permite entender más ese análisis estructural:

"El factor dominante de los dos primeros gobiernos de la violencia (1946-53) fue, pues, el terrorismo oficial. Este se traduce a nivel urbano en el silenciamiento de la clase obrera, lo cual permite al capital usufructuar sin contradictores la bonanza económica y la acumulación de la postguerra. Luego ese terrorismo se generaliza a nivel rural como cruzada antiliberal y anticomunista tendiente a extirpar las aspiraciones democráticas del campesinado, y a anular el espacio propicio conquistado por los campesinos frente al poder terrateniente. El silenciamiento de la clase obrera ya se había logrado prácticamente desde 1948, y la cruzada antiliberal y anticomunista se convertiría en bandera conservadora a partir de 1949. Para llevarla a cabo, la acción del Estado a través de sus aparatos represivos—como la tenebrosa policía "chulavita" procedente de una región boyacense—es, no suplantada sino complementada con la acción de organizaciones paramilitares, como "los pájaros" en el Valle y Caldas, los "aplanchadores" en Antioquia y los "penca ancha" en las sabanas de Sucre, cuyas víctimas habrían de contarse por centenares de miles de muertos... Pero habría otros efectos visibles del terror en los campos: el despojo de tierras y bienes, tras el asesinato de los dueños o la utilización de amenazas que obligan a la venta forzosa; la apropiación de cosechas y semovientes; el incendio de

casas, trapiches y beneficiaderos; la destrucción de sementeras; la coacción física sobre trabajadores rurales descontentos; las migraciones masivas a las ciudades o el desplazamiento de campesinos a otras zonas de su misma filiación partidista, hasta llegar a homogeneizar políticamente veredas y regiones, cuando no el enrolamiento a un grupo armado constituido muchas veces por miembros de una misma familia; y en el fondo de todo esto, un profundo reordenamiento de las clases sociales en el campo y del liderazgo y las hegemonías regionales.” (Sánchez, Meertens, 1983, 38)

Lo que demuestra el fragmento anterior es el análisis estructural de los actos de violencia cometidos contra la población civil desde el gobierno nacional que no tenía control alguno en las zonas rurales debido a esas falencias estructurales del Estado centralista que se configuró con la historia, que no protegía, ni respetaba los derechos campesinos y de las comunidades que se vieron presionadas desde el gobierno y las fuerzas policiales. En cuanto al análisis estructural, los autores mencionan ese proyecto de nación de las clases altas donde para alcanzar sus objetivos y continuar con el poder político desarrollaron la violencia en lo que estaba en contra de sus intereses:

“Es necesario entonces las condiciones generales en que surge la resistencia. Si lo que se destaca en el gobierno de ‘Unión Nacional’ de Ospina Pérez (1946-1950), sobre todo después del 9 de abril de 1948 es, como lo señala Pecaut, la identidad de las clases dominantes en el plano económico y en el papel que debe jugar el capital extranjero en el desarrollo nacional; en lo político, por el contrario, lo más ostensible es el antagonismo y las concepciones irreconciliables respecto a las estrategias a seguir frente a las clases dominadas como actores políticos”. (Sánchez, Meertens, 1983, 37)

En lo que sigue los autores de referencia plantean la caracterización de los perfiles regionales de los actores participantes en las confrontaciones armadas y evidencian los procesos de formación de las guerrillas en el primer periodo de la

época de la violencia, y desde luego también la interacción con los gamonales regionales y los poderes tanto en lo local como lo nacional. Este capítulo se puede analizar una vez más, como el análisis estructural del conflicto: “el bandolero ya no pertenece sino a una categoría social: la de los pobres y los oprimidos”(Sánchez, Meertens, 1983, 189), expresión que los autores toman de Hobsbawm.

En seguida los autores se encargan de señalar el impacto nacional de las diferentes dinámicas y configuraciones de los procesos regionales. Finalmente el capítulo cierra su análisis con la trayectoria del bandolerismo y sus tres contradicciones: las contradicciones que determina el doble juego de su legitimidad y de su ilegalidad, las contradicciones entre las ventajas electorales que se esperan de la expansión del bandolerismo y los riesgos que dicha expansión efectiva representa y, en última instancia, el contradictorio efecto de la combinada estrategia de aislamiento político y represión del bandolerismo (Sánchez, Meertens, 1983, 224)

El segundo grupo de investigaciones que se analizaron sobre la violencia son de los años 70's y 80's, antes de la constitución 1991 y se puede decir que forman parte de un segundo momento del conflicto armado colombiano, cuando éste ya está consolidado y se perfilan claramente las partes en confrontación que surgieron a raíz del Frente Nacional.

Rodrigo Uprimny y Alfredo Vargas en su trabajo “La palabra y la sangre: violencia, legalidad y guerra sucia en Colombia” se dedican a analizar y procesar información acerca de la violencia sufrida en el país, con una visión desde el derecho, analizando el estado de sitio que había vivido el país por 40 años continuos hasta 1989. Los autores llegan a la conclusión que a lo largo del conflicto ha perdurado una combinación entre violencia y legalidad característica del régimen político colombiano. En la primera sección los autores realizan una breve presentación de la situación de derechos humanos entre 1970 a 1989 en la

que visibilizan las prácticas de violencia estructural:

(Jaime Arocha)

“El estado de sitio permitió entonces la creación de delitos para controlar el orden público, el establecimiento de las medidas restrictivas de la libertad de reunión, de circulación, de expresión, la limitación de las libertades sindicales y, sobre todo, la detención y juicio, mediante tribunales militares de dudosa imparcialidad, de los opositores políticos, de los líderes sindicales y de quienes encabezaran diversas formas de protesta social”. (Uprimny, Vargas, 1989, 112)

En el siguiente párrafo extraído de la investigación de Uprimny y Vargas es claro el aporte que lo autores hacen desde el derecho para analizar la violencia estructural del Estado con cifras lo suficientemente alarmantes y dicientes con respecto de la represión ejercida por el aparato estatal desde 1970 hasta 1989, donde un 90% de las violaciones contra los derechos humanos fueron cometidas por representantes del poder político, tanto estatales como gubernamentales³:

“La modalidad esencial de represión era entonces la detención y enjuiciamiento de los opositores, combinada en determinadas ocasiones, sobre todo a partir de 1979, con la tortura de los capturados. Sin embargo hasta 1977 no se conocen casos numerosos de desapariciones forzosas, mientras que un informe de la Procuraduría General de la Nación daba en 1984 una cifra de 230 desaparecidos, y la misma institución para 1988, reconocía que la cifra superaba las 1.000 personas.” (Uprimny, Vargas, 1989, 113)

En la segunda parte los autores explican las características de la violencia ejercida por los actores durante los 15 años del análisis que plantean. Desapariciones extrajudiciales, masacres paramilitares auspiciadas por el ejército. *“La guerra sucia se sigue desarrollando en otras zonas fuertemente militarizadas como Córdoba y Urabá, acompañada de operativos militares contra la guerrilla, que*

³Cifras que los autores toman de las investigaciones del CINEP. CINEP: Base de datos sobre derechos humanos; CPPDDH: Itinerario de la represión en Colombia, mimeo, Bogotá, 1985; J. Torres, et. al., Colombia: represión 1970-1981, CINEP, Bogotá, 1982.

incluyen bombardeos masivos en zonas campesinas". (Uprimny, Vargas, 1989, 1125)

Finalmente, los autores plantean una serie de interpretaciones sobre las posibles explicaciones de la violencia estructural ejercida por el Estado, hablando de una crisis en la dominación tradicional del país, clientelista y patrimonial, también de la permanencia de la desigualdades sociales, el problema de la tierra, el narcotráfico. *"La actual violencia –al igual que aquella de los años cincuenta—es entonces un fenómeno global que resulta de la yuxtaposición de procesos locales singulares y heterogéneos; es así mismo la resultante de las violencias diversas con lógicas específicas que se entrecruzan y retroalimentan mutuamente"*. (Uprimny, Vargas, 1989, 109)

Otras investigaciones, por ejemplo, el informe presentado al Ministerio de Gobierno en 1987 por la comisión de estudios sobre la violencia de la Universidad Nacional⁴ se enmarcan en el estudio de las denominadas condiciones objetivas del conflicto. En la primera parte del informe los científico-sociales se dedican a presentar una visión general de la violencia en Colombia para la época, "la violencia tiene múltiples expresiones que no excluyen, pero si sobrepasan, la dimensión política. Hunde sus raíces en las propias características de la sociedad colombiana, y no solamente la ejercen los pobres –muchas veces como expresión explicable; cuando no legitima, de rebeldía—sino que también contra ellos se ejecuta sistemáticamente". (Sánchez, Arocha, et. al, 1987, 17). De entrada en el informe se puede observar que el análisis propuesto por los autores sobre la violencia, es el de la acción bélica que causa la muerte a otro ser humano, es decir un análisis de la violencia directa que es ejercida de un individuo sobre otro o un colectivo sobre otro colectivo, aunque se menciona también, pero muy brevemente, esa violencia silenciosa (simbólica) que se puede causar a la

⁴Sánchez, Gonzalo. Arocha, Jaime. Pizarro, Eduardo (1987). Colombia: Violencia y Democracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno. Universidad Nacional.

integridad moral de un individuo:

“Dado que las formas de violencia no deben reducirse a las generadas por la guerrilla, el presente documento entenderá como violencia todas aquellas actuaciones de individuos o grupos que ocasionen la muerte de otros o lesionen su integridad física o moral. En sentido muy general, la violencia se puede ver como algo que impide la realización de los derechos humanos, comenzando por el fundamental, el derecho a la vida”. (Sánchez, Arocha, et. al, 1987, 17)

Las manifiestas variopintas de la violencia son temas que en la segunda parte del informe se identifican y presentan como por ejemplo, la violencia política, la violencia urbana en la década de los 80's en Colombia, la violencia organizada (crimen organizado), violencia en la familia, violencia y medios de comunicación, y violencia contra minorías étnicas:

“Con respecto a la violencia contra los portadores de culturas distintas de la hispánica, impuesta por la conquista, es preciso subrayar que se ejerce no solo porque la conducta de ellos sea diferente, sino porque son dueños de tierras ricas en oro, platino, carbón, petróleo, maderas y animales de pieles y plumas valiosas. Es una de las formas de violencia más antiguas y menos negociables. Si las baterías se enfilan contra el legado social, conforme lo hacen misioneros como los del Instituto lingüístico de Verano, puede no haber derramamiento de sangre, pero sí etnocidio. Cuando los prejuicios no le impiden percibirla, el público opina que es legítimo emplearla para unificar la nación”. (Sánchez, Arocha, et. al, 1987, 105)

Si bien las identificaciones de violencias que realizan los autores, en su mayoría, obedecen a un análisis de la violencia directa ejercida sobre otros individuos, también se estudia la violencia que se ejerce desde el aparato estatal, pero en el tema de la violencia contra las minorías se menciona un tipo de violencia distinta, que adquiere una carga simbólica demasiado fuerte y que en la literatura sobre

violencia y conflicto armado en Colombia para la época no era foco de atención. En el párrafo anterior que se extrajo del informe, no obstante que no se menciona explícitamente la violencia simbólica hacia las minorías, si se menciona que la represión y los actos violentos contra ellos vienen desde la época de la conquista-colonia cuando desde entonces, fueron objeto de agresiones de toda índole y no se les reconoció como seres humanos. En épocas subsiguientes fue configurándose una herencia colonial o una especie de legado discriminatorio que las generaciones de las élites blanco-mestizas subsiguientes reprodujeron al no integrar a las llamadas minorías al ulterior proyecto de nación. La “inclusión” a la fuerza y en desmedro de sus identidades y realización, se convertirá en síntesis en inclusión de exclusión.

El estudio y la exploración de algunos de los más reconocidos “violentólogos” se concentra en la violencia directa y estructural, en ese sentido se reitera el vacío a la hora de hablar de las minorías étnicas en la nación que si bien son atacadas con acciones bélicas directas y por las falencias estructurales del Estado colombiano son vulneradas y agredidas también de una manera silenciosa (simbólica) precisamente por su condición de minorías demográficas. Hay que decir, que en el tema de minorías, son objeto de una atención más dedicada, aunque igualmente precaria, los indígenas, dejando en tercer plano a las comunidades afrodescendientes, lo cual convoca a ampliar los estudios sobre minorías para, de esta manera, elaborar un estudio más integrado de la violencia que se implementa hacia estos grupos culturales minoritarios en el país.

En la parte final del informe los autores se dedican a generar una serie de recomendaciones e invitaciones a la sociedad civil para que se haga a la defensa de los derechos humanos y la democracia como el elemento y propósito primordial de la nación, contrarrestando la violencia con decidida voluntad política.

Un tercer grupo de publicaciones sobre violencia y conflicto armado consultadas

nos presentan nuevas miradas sobre el tema, más inclusivas de acuerdo a las dinámicas del conflicto puesto que se consideran las violencias de carácter económico, político, social y cultural, puesto que después de la constitución de 1991 se amplió el panorama social y de participación en Colombia, lo cual permitió que nuevas investigaciones visibilizaran aspectos que en los estudios sobre conflicto y violencia anteriores no aparecían. Aspectos tales como la incorporación social y política de minorías en Colombia. Esta selección es para evidenciar los diferentes trabajos sobre el conflicto armado colombiano y los vacíos que existen en cuanto al tema simbólico cultural.

En 2003 el Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo, tituló el informe de desarrollo humano en Colombia, “El conflicto un callejón sin salida”, empezando con los orígenes del conflicto armado con el propósito de entender su naturaleza y la entrada de nuevos actores a la confrontación, la expansión del conflicto en los 90’s hasta el 2003 las dinámicas regionales, etc. En la segunda parte del informe analizan las víctimas del conflicto armado y la violencia ejercida hacia ellas, pero nuevamente es claro que es un análisis de la violencia más enfocado en las expresiones bélicas y los actos de muerte cometidos por las diferentes partes del conflicto:

“Los actores armados realizan seis tipos de agresiones contra la vida o la integridad de las personas, a saber: i) contra enemigos armados en el curso de un combate; ii) contra la población civil que real o supuestamente conforma las “bases sociales” del adversario (“guerra sucia”), y en especial iii) contra civiles forzados a abandonar su lugar de residencia (“desplazados”); iv) contra civiles que sufren los llamados “daños colaterales” de los ataques; v) contra poblaciones civiles con objeto de aterrorizarlas, y vi) contra personas objeto de secuestro o “retención” para obtener provecho económico o político.”⁵

⁵Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo. PNUD.(2003) Informe de desarrollo humano Colombia. Pág. 119

Luego en el informe se presenta las recomendaciones de la ONU para el caso de conflicto armado en Colombia. Por último mencionan la reparación y la conciliación que debe existir en el proceso de resolución del conflicto armado colombiano; la cual no es posible, si en primera instancia no hay una amplitud en cuanto al estudio y entendimiento del concepto ´violencia` que podría vislumbrar aspectos de ese elemento simbólico violento que tanto la violencia directa -- homicidios, torturas, desplazamiento y la violencia estructural --promovida desde el Estado con la exclusión, política social y económica en el país--; han cultivado en la cultura de la “Nación”.

Por otro lado tenemos una investigación realizada desde la economía la ciencia política, Guerra y violencias en Colombia: Herramientas e interpretaciones, donde los editores Jorge Restrepo y David Aponte, analizan en la primera parte del libro la violencia armada en Colombia, es decir los actos de violencia cometidos:

“En consecuencia, la presencia violenta estará definida, para efectos de este ejercicio, como la evidencia cuantitativa de eventos de violencia asociada al conflicto armado en un lugar y momento específicos. De esta forma, si para un municipio en un año determinado hay evidencia de que el grupo A ha participado en combates o ha ejecutado acciones unilaterales, se dice que en esa unidad espacio temporal el grupo hizo presencia violenta visible. Para evitar el problema de la equivalencia observacional, es importante aclarar que si en la unidad espaciotemporal no hay registro de presencia violenta de ningún grupo armado, no se puede inferir ninguna de las siguientes afirmaciones: que en ese municipio, efectivamente, no haya violencia asociada al conflicto armado y que ningún grupo haya hecho presencia”. (Restrepo, Aponte, et. al.2009, 207)

Además de medir la violencia según número de masacres, asesinatos y acciones bélicas hacen referencia de los objetivos y tipos de violencia que se dan en zonas de control por parte de los actores armados. En la segunda parte realizan una mirada regional del conflicto en donde nuevamente aparecen las aproximaciones a

la violencia desde un punto de vista estructural y en cuanto a los actos o hechos violentos. Los temas son claros en cuanto a lo anterior, desplazamiento forzado, violencia contra la población, violencia sexual y en general dinámicas del conflicto armado, también al finalizar aparece el análisis de las experiencias y trabajos para la paz en diferentes regiones, como por ejemplo, el laboratorio de paz del Magdalena Medio, Cauca y Nariño.

Estas investigaciones de la violencia y el conflicto en Colombia analizadas, nos dotan para comprender en buena medida el conflicto pero también nos convocan a apostar y a usar nuevas teorías para la profundización de este fenómeno (la violencia) y sus diferentes expresiones durante de la perduración en el tiempo del conflicto armado. Es de carácter urgente este acometimiento, máxime si consideramos los acontecimientos de este año 2013, cuando se da una nueva oportunidad de alcanzar la paz, con las negociaciones FARC y gobierno Santos para dar fin a la confrontación armada en el país. De acuerdo a las evidencias arrojadas en el estudio de las investigaciones seleccionadas sobre violencia, el elemento simbólico de la violencia en Colombia, no es tema en los análisis que se han realizado sobre el conflicto y la violencia en Colombia. Esas violencias invisibles que la historia patria y el conflicto armado han vivido y siguen viviendo, son esenciales estudiarlos y denunciarlos, es un inmenso aporte académico destinado a coadyuvar en la resolución del conflicto y la consecución de la paz, la reparación integral de las víctimas, la verdad y la justicia social. Es por esta razón que se necesita resaltar, complementar y actualizar los estudios de la violencia y en este orden de ideas llamar la atención de la existencia de la violencia simbólica, sus efectos y sus respectivas secuelas.

1.2. Pensando en la dimensión simbólica del conflicto armado en Colombia

A lo largo de nuestra historia colonial y republicana se ha dado una configuración

social de dominación, de conflicto y de violencia de unos grupos sociales sobre otros. Los conquistadores y colonizadores españoles utilizaron con fines económicos mano de obra indígena y negra-africana que fueron sometidas, tanto por una coacción física como por innumerables coacciones sociales y culturales.

La vida anterior al llamado descubrimiento de América no estaba signada por el trabajo esclavo y lo que conocemos de la historia de los pueblos aborígenes americanos en general y colombianos en particular, no registra conflictos en los que fuese la dominación económica o racial el propósito de ellos mismos. Desde luego, sabemos por los conocimientos históricos que los pueblos precolombinos conocieron y practicaron la guerra en la que eventualmente se disputaban dominios territoriales y accesos a determinadas fuentes de bienestar de dichas comunidades (fauna, flora, minerales, ríos, lagunas, etc.). (Langebaek, 1996) Con la llegada de los europeos las relaciones de poder entre, por una lado, los conquistadores y colonizadores, y los indígenas americanos y los negros (violentamente desarraigados de su patria africana y traídos como esclavos al nuevo mundo), de otro lado, las relaciones de poder reitero, se van a ampliar, intensificar y a, eventualmente, convertirse en violencias permanentes (tanto directas como estructurales y simbólicas)

Cuando a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX se da la gesta de independencia frente al dominio español, el pueblo indígena, afrodescendiente y mestizo tuvo una participación en la misma, dicha participación en la gesta emancipadora no significó una inclusión decidida en la ciudadanía de los nuevos estados. A lo largo de las décadas de todo el siglo XIX la naciente república construye, en medio de constantes guerras civiles, una independencia política liderada por las elites criollas, elites que son el producto de una herencia colonial. La ideología de esta clase dirigente es configurada por una visión imperialista ("un solo dios, una sola lengua, un solo pueblo") y, por ende, excluyente; la república, políticamente independiente, no piensa, ni siquiera se imagina, en el horizonte

histórico como una nación en que quepa todo el pueblo, los indígenas, los afrodescendientes, etc. La democracia representativa, participativa y diversa (pluriétnica y plurilingüística) no figuraba en la agenda ideológica del criollismo, del hispanismo heredado de los españoles. (Granados, 2008)

La continuidad histórica de la desigualdad, la discriminación y exclusión va a caracterizar también al siglo XX, las violencias estructurales y simbólicas se van a entrecruzar y, solo de un modo tenue, se mitigará esta realidad inequitativa y discriminadora cuando Colombia encamina su construcción histórica hacia la modernización de sus estructura económicas y políticas. Desde el culto a lo hispánico en el siglo XIX el país se va a desplazar, sobre todo a partir de los años 30 del siglo XX, hacia las perspectivas de una modernidad, que tienen en las experiencias de Europa su referente paradigmático. Los proyectos modernizadores desde el periodo de la república liberal hasta mediados del siglo XX tendrán una ruta de homogeneización de la población en aras al desarrollo de mercados y de la incipiente industria nacional. Pareciera que durante esta época, la cuestión de la diversidad de la que está constituida la nación colombiana quedo relegada a un segundo plano, sin embargo, muchas voces de las elites intelectuales de las clases dominantes eran escuchadas y abiertamente transmitían discursos de carácter racista. (Vélez, 2008) Estructuralmente la modernización pretende una homogeneización o igualación de la población como fuerza de trabajo salarial o para salarizar, y, por consiguiente, invisibiliza la diversidad y pluralidad cultural de la nación en pro de un imperativo económico-modernizador.

En esta trayectoria histórica los indígenas fueron diezmados y reducidos a los resguardos, los afrodescendientes fueron obligados a vivir en condiciones de máxima precariedad económica, social y educativa en distintas y olvidadas regiones de la geografía colombiana. Solo hasta la constitución de 1991 habrá un reconocimiento a la diversidad y al mestizaje constituyentes de nuestro ser nacional, reconocimiento en el papel, dicen muchos, porque en la realidad el

patrón histórico de discriminación y exclusión se seguirá nutriendo de manera continua y lo que es agravante se acrecentara como efecto del conflicto armado que tiene Colombia desde hace más o menos seis décadas. Cabe recordar la expresión sintética que Jesús Martín Barbero emplea para describir este procesos: "inclusión abstracta exclusión concreta" (Martín, Barbero, 2001, 15)

Los grandes trazados históricos que acabamos de mencionar describen una historia de dominación y relaciones de poder, pero también de luchas y conflictos no sólo de carácter socio-económico sino también político-cultural. Es importante subrayar, por tanto, que la discriminación y la violencia simbólica no nacieron en Colombia con ocasión del conflicto social armado de los últimos 60 años, sino que son un legado histórico de cinco siglos. Teniendo en cuenta lo anterior y con el propósito de investigar la violencia simbólica que se da o que recae sobre una comunidad afrodescendiente específica en la actualidad, es importante conservar la memoria haciendo el ejercicio intelectual de reunir el marco conceptual histórico de larga duración con una caracterización del conflicto armado actual para explicar los encabalgamientos entre un pasado de discriminación y un presente en que se combinan distintas formas de racismo y de violencia.

En este sentido son varios los retos de recordación que hay que afrontar en el propósito de dar cuenta, no solo de la violencia simbólica que sobre una comunidad particular recae, sino también, hay que explicitar el origen, las modalidades y las características que esta violencia simbólica despliega en las condiciones del conflicto armado en Colombia en la actualidad tomando la subregión del Urabá antioqueño a modo de ilustración. De tal suerte que es importante advertir la construcción de un patrón histórico, la articulación de este patrón con el conflicto armado del presente, la relación o las múltiples relaciones entre la violencia directa, estructural y la simbólica y el papel que cumple la resistencia de la comunidad afrocolombiana específica ante estas realidades. Estos desafíos serán enfrentados acudiendo al estudioso de los conflictos Johan

Galtung para quien el conflicto se define:

“La raíz del conflicto está siempre en una contradicción, es decir, objetivos que son incompatibles. Pero un conflicto suele tener también componentes de actitud y comportamiento. Y esas actitudes están generalmente condicionadas por el subconsciente colectivo, la cultura profunda, la cosmología de esa nación, género, clase, etc. Y el comportamiento está condicionado por pautas adquiridas en situación de conflicto.” (Galtung, 2003)

Galtung sintetiza su estudio del conflicto a través de una abreviatura como triángulo, el triángulo del conflicto. Esta forma gráfica de representación del conflicto y su dinámica nos es útil para, de una parte, atender la complejidad del mismo y de otra señalar las relaciones múltiples causa-efecto de las distintas violencias y que, además, se nutren mutuamente en los distintos ámbitos de la violencia estudiados por Galtung.

Cabe resaltar, que la violencia cultural sobre una comunidad afrodescendiente generada por el conflicto armado en Colombia hace necesario acudir no sólo a un conocimiento histórico sino también a un explicación sociológica y política del conflicto y su plurales dimensiones, es por ello que el trabajo de Johan Galtung es propicio y lo suficientemente amplio para servir de guía teórica en el estudio del conflicto, sus causas, sus aspectos y, sobre todo, se reitera, de las relaciones causales entre estos aspectos.

Galtung no solamente provee de un esquema triangular para definir y caracterizar el conflicto, además propone la idea de "triángulo vicioso"(Galtung, 2003) con el objeto de no sólo exponer los estratos o sedimentos de la violencia (procesos, constantes y acontecimientos) sino también la mutua relación causal que se da entre la violencia estructural, la directa y la cultural/simbólica. A manera de ilustración es claro que una violencia simbólica sedimentada (racismo) puede

generar tanto una violencia directa como una discriminación socioeconómica y política (no dar empleo o no permitir el acceso a la educación a personas afrodescendientes, o ser negligentes con dotaciones de servicios vitales para comunidades enteras).

Sobre la base de la concepción de Galtung sobre el conflicto y su tridimensionalidad y tomando su definición de la violencia cultural como:

“La violencia cultural se define como cualquier aspecto de una cultura susceptible de ser utilizado para legitimar la violencia directa o estructural. La violencia simbólica incorporada a una cultura no mata o mutila como la violencia directa incorporada a la estructura. Sin embargo, se utiliza para legitimar ambas o una de las dos, como por ejemplo en la teoría del Herrenvolk, o raza superior” (Galtung, 1989, 6)

Es necesario entonces explorar los aspectos culturales que en el conflicto armado en Colombia son utilizados para legitimar tanto las violencias directas como las violencias estructurales, es por ello que no es inútil mencionar para unas futuras investigaciones los análisis del poder de Michel Foucault, el concepto de violencia simbólica de Pierre Bourdieu y los análisis críticos del discurso de Teun van Dijk.

1.3. Conceptualizar la violencia simbólica

Se requiere distinguir estados de dominación de relaciones de poder; la dominación es institucional y, por así decirlo, es una consolidación de larga y mediana duración del poder de un grupo humano sobre otro (Foucault, 1991), es lo que más arriba se ha llamado el patrón o proceso histórico de discriminación y exclusión de la población afrocolombiana. Esta dominación es distinta del poder que desde la obra de Foucault se caracteriza por ser relacional, de tal suerte que resalta el aspecto de las luchas y las resistencias frente al uso legitimador de la

dominación y la violencia. De modo similar a Galtung para quien la violencia cultural pertenece a la región invisible del triángulo, Pierre Bourdieu caracteriza la violencia simbólica como no explícita, una *doxa*, es decir una dimensión preconsciente o, incluso, inconsciente de discriminación, exclusión y distinción (Bourdieu, 1995). Este aspecto es relevante no sólo por los efectos tangibles que producen las discriminaciones si no por los efectos invisibles, por las prácticas y comportamientos cotidianos y "naturalizados" de exclusión.

De igual modo y como otro aspecto de la violencia cultural estudiada por Galtung, Teun van Dijk se ha detenido en el estudio del discurso como sistema de dominación y en las formas de superación de discursos clasistas, sexistas y racistas. Para el interés de esta tesis es vertebral entender el discurso como vehículo tanto de una violencia explícita y furiosa como de una violencia no intencional pero igualmente perjudicial. A este respecto, en su reciente visita a Colombia, cuando se le preguntaba por la responsabilidad de las élites frente a la existencia del racismo, el investigador holandés respondía lo siguiente:

*“Si buscamos la responsabilidad primera, vamos a encontrarla en las élites, en efecto. El racismo no es innato. Nadie nace siendo racista. Se aprende a serlo mediante el discurso, primero el que recibes de los padres, luego el que lees en los libros de texto, después en la televisión, y luego en los discursos públicos, de los políticos. Los responsables de estos discursos pueden resumirse en tres P: políticos, profesores y periodistas. Son ellos quienes tienen el control del discurso y, desde esa posición, exageran las diferencias entre nosotros. Pueden hacerlo por medio de una discriminación abierta -no dejar entrar a tu barrio, a tu oficina, a tu tienda, a tu país a quien es diferente- y una discriminación no visible, cuando las diferencias están en tu mente y de forma normal asociamos lo negativo con otros y lo positivo con nosotros”.*⁶

⁶El tiempo digital (en línea). Se aprende a ser racista y antirracista. 26 de septiembre 2012. Disponible en : http://www.eltiempo.com/vida-de-hoy/ciencia/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12258181.html

Si como mencionamos arriba el triángulo vicioso de la violencia utiliza el vértice de la violencia cultural como legitimadora de los otros vértices es decir, de las otras violencias, es posible inferir que el discurso es el núcleo vertebral o la cabeza de playa de esta violencia simbólica. Y ésta podemos analizarla desde las características del discurso mismo, los actores del discurso, y las estrategias de producción y difusión del mismo discurso. Son elocuentes las palabras de Teun van Dijk a este respecto:

*"Hablar es la manera más importante de hacer la paz, aunque muchas veces también es la condición de hacer la guerra. Grandes matanzas de la historia han sido causadas por discursos. La matanza masiva de los judíos empezó con una preparación de la mente mediante el discurso. Todas las formas concretas de discriminación -no dar trabajo, no dejar entrar en tu familia, casa, barrio, club- se preparan primero con palabras. Porque tú solo puedes excluir cuando antes tienes una idea de que otro es diferente. El discurso es muy poderoso y la gente no se da cuenta de su poder. Por un lado, es la forma de interacción entre las personas y, por otro, es fundamental en la creación de los modelos y los esquemas mentales."*⁷

Estas prácticas discursivas que contienen elementos peyorativos contra las comunidades minoritarias demográficamente hablando, se pueden ver reflejadas en la situación y la violencia que sufren las comunidades afrodescendientes en Colombia. Todo lo anterior es un ejemplo de los campos en los cuales se puede profundizar las investigaciones sobre violencia cultural en el conflicto armado colombiano.

1.4. Violencia simbólica hacia las minorías étnicas en Colombia

La historia deficitaria tanto como proceso constructivo como resultado concreto de la sociedad colombiana como moderna, democrática, incluyente y pacífica, se ve reflejada no sólo en las desigualdades socioeconómicas, las exclusiones e

⁷El tiempo digital (en línea). Se aprende a ser racista y antirracista. 26 de septiembre 2012. Disponible en : http://www.eltiempo.com/vida-de-hoy/ciencia/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12258181.html

imposiciones autoritarias sino también en la transmisión de discriminaciones ancestrales (expresadas ellas mismas en profundas desigualdades económicas, abandonos estatales y exclusiones territoriales y culturales). Esta transmisión discriminatoria es un componente de la violencia simbólica hacia las denominadas minorías étnicas. Es como si los ciclos reiterados de violencia retomaran o se apoyaran en las desigualdades que sufren estas minorías para perpetuarse, nutrirse y expresarse como normalidad. Como se mencionó anteriormente Johan Galtung entiende por violencia simbólica o cultural la justificación o legitimación de la violencia directa y de la violencia estructural utilizando aspectos de la cultura o aspectos de la dimensión simbólica de nuestra existencia, aspectos como la ideología, la religión, el color de la piel, la raza, la lengua, etc. Desde luego esta caracterización explícita de la violencia simbólica es identificable en el conflicto colombiano hacia las minorías étnicas (afrodescendientes y comunidades indígenas), sin embargo no constituye la única manifestación expresable de la violencia cultural, en este sentido debemos consignar que el carácter invisible, implícito, profundo y normalizado de la violencia simbólica es, reiteramos un rasgo transmitido y telón de fondo permanente de la violencia directa y estructural en Colombia hacia las minorías. Como se mostrara en el capítulo segundo son las minorías, los campesinos y grupos de colonos los universos poblacionales más vulnerados y vulnerables: son la población mayoritariamente víctima del conflicto armado.

CAPÍTULO II

VIOLENCIA SIMBÓLICA HACIA LAS COMUNIDADES ÉTNICAS NO HEGEMÓNICAS EN COLOMBIA: EL CASO DEL URABÁ ANTIOQUEÑO.

La llamada “mejor” esquina de Sur América o la “Gran Urabá” es una subregión de importancia histórica, geográfica, económica y cultural. En toda la zona se ha dejado huella histórica de confrontación por su abundancia en recursos pero también por la extensión e intensidad del conflicto armado. Riqueza natural, situación geoestratégica privilegiada, multiculturalidad-interculturalidad, intolerancia y violencias, son sus realidades más reconocibles. El Urabá antioqueño está compuesto por varios municipios: Arboletes, San Juan y San Pedro de Urabá, Necoclí, Turbo, Apartadó, etc. En este trabajo de grado vamos a referirnos, haciendo una macro-caracterización del entrecruzamiento de las violencias, a la situación de la subregión. No se ignora que la dilucidación de lo que ocurre en uno o varios de los municipios o zonas de la subregión está estrechamente vinculado con lo que ocurre en la totalidad de la subregión y, más aun, con la dinámica del conflicto a nivel nacional.

2.1. Los Afrodescendientes en Colombia: panorama histórico de la discriminación.

Como bien se sabe la llegada de poblaciones negras al continente americano se dio en condición de esclavitud, sometimiento y humillación de estos grupos

humanos. Los esclavizados fueron considerados como animales de trabajo, no sólo por los tratantes y colonizadores en sus proyectos político-económicos, sino también por la iglesia católica que contribuyó a deshumanizarlos y sentenciarlos a procesos de pérdida de sus identidades culturales y religiosas. Las creencias y conocimientos de estos pueblos fueron considerados como inferiores frente a la verdad occidental. En este primer momento de trata esclavizante la colonia va configurando un núcleo que perdurará, con algunas transformaciones, como base y caracterización de las dinámicas del conflicto que afectan a sus descendientes en la actualidad y que interconectan las tres puntas del triángulo de la violencia propuesto por Galtung. La violencia directa durante la trata y esclavización es la más fácil de percibir consiente en la aplicación de los castigos físicos a los que fueron sometidos, muerte, desfallecimientos, violaciones, latigazos y golpizas. En cuanto a la violencia simbólica se reitera la prohibición de la celebración de sus cultos y prácticas religiosas, la imposición del español y la religión católica mediante la evangelización, la catalogación como inferior dentro de un sistema de castas y, finalmente, la violencia estructural que puede ser interpretada en la instrumentalización de los africanos y sus descendientes como fuerza de trabajo en las minas y las haciendas como esclavos y en el desconocimiento de estas comunidades que no fueron vinculadas en las políticas públicas diseñadas y ejecutadas por el orden colonial.

Desde antes de su llegada al Nuevo Mundo los afros fueron sometidos a toda expresión de violencia, por ende, la situación histórica de los afro en Colombia es propicia para encontrar todas las clases de violencia que el conflictólogo e investigador para la paz Galtung desarrolló en su triángulo de la violencia. Leamos esta realidad especificando más en la historia de Colombia.

Según el antropólogo Peter Wade (1997) la población negra en Colombia ha participado en dos procesos. En primer lugar, se han adaptado culturalmente a los valores y las normas propias de la mayoría dominante y las determinaciones de

sus élites desde las estructuras coloniales y republicanas. Este proceso se puede identificar en la dispersión geográfica, la cual los adaptó a las dinámicas económicas del proyecto de nación de las élites y la mayoría y desde luego las diferentes corrientes regionales, también se puede ver en los procesos de mestizaje propios del orden racial colombiano. En segunda instancia, Peter Wade menciona el proceso de congregación y agrupación de los negros por dos razones, la primera por elección propia de estas comunidades y la otra mucho más violenta, por las acciones de un mundo no negro que los excluye y segrega.

La situación general de los afrodescendientes en Colombia se caracteriza por un patrón histórico de exclusión y explotación a lo largo de la historia nacional, que los obligó a que se asentaran en espacios geográficos de la periferia, lejos de esa construcción centralista de Nación. Después de la constitución de 1991 se emite la Ley 70 de negritudes de 1993, en donde por lo menos, se les reconoce a una parte de la población afrocolombiana una serie de derechos, constituyendo así un giro significativo en el proyecto de construcción de la nación. Lejos aún de cambiar profundamente la situación de exclusión de estas comunidades, por lo menos, pone de presente su existencia y su participación en la historia del país. Este avance en cuanto a derechos de los afrocolombianos y su inclusión formal en la vida político-económica y social fue importante ya que “el artículo 7 de la constitución de 1991 consagra el carácter multiétnico y pluricultural de la nación colombiana, en vez del mono-cultural y biétnico que delineaba la carta de 1886.”⁸

Desde la academia, principalmente en la antropología (Nina de Friedemann y Jaime Arocha) se han realizado investigaciones sobre los afrodescendientes y sus configuraciones como culturas específicas antes de la Constitución del 91, lo cual ha permitido recordar las circunstancias anteriores a este reconocimiento constitucional. Con la constitución del 1886 se creó un imaginario de una nación

⁸Arocha, J. Friedemann, N (1993). Marco de referencia histórico-cultural para la ley sobre derechos étnicos de las comunidades negras en Colombia. En. Arocha, J. Friedemann, N. Bernal, J, *América negra*. 'Pp. 155-172''. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana.

mono cultural que no reconocía la existencia de comunidades indígenas ni afrodescendientes, puesto que éstos no estaban considerados como ciudadanos plenos dentro de los planes políticos y sociales de las élites regionales y nacionales. De esta manera es posible entender, a grandes rasgos, la continuidad del proceso (proveniente desde la conquista, la trata trasatlántica y la colonia) de interiorización del patrón racista por parte del resto de la sociedad colombiana, de prácticas segregarias y excluyentes hacia los afrodescendientes. Este gradual e ininterrumpido proceso se va a acrecentar y ratificar por la violencia estructural que el Estado ha ejercido teniendo como base las herencias coloniales. Este proceso estructural y de larga duración, crea constantes comportamientos, valoraciones y hábitos (violencia simbólica) de discriminación racial. Al respecto Arocha señala:

“Cuando hablo de hábitos, me refiero a patrones en el tiempo, cuya reiteración saca a las conductas que dependen de ellos de la esfera del proceso consciente y las ubica en los terrenos del automatismo y mecanicidad similares a los de las reacciones dominada por el instinto (Bateson 1991:70-71, 88-101; 196). Hipotetizó que de esa habituación depende la persistencia actual de patrones de discriminación e impunidad que la comisión de superación de la violencia identificó del siguiente modo, al referirse a las causas y manifestaciones de la violencia ejercida por funcionarios oficiales (1992:145-146): Admitir que todos los colombianos sin excepción tienen los mismos derechos(...) ha sido traumático y difícil de asumir en la práctica de las relaciones cotidianas, salpicada de notorias diferencias de cultura y de fisionomía, diferencias que a veces repugnan. Esta mentalidad de discriminación (...) existe también en los agentes del Estado encargados de velar por la seguridad ciudadana. Imbuidos de esa concepción en el uso de las armas oficiales, su actitud discriminatoria se ve reforzada al enfrentarse a diario con individuos provenientes de sectores desvalidos de la población, que estadísticamente constituyen el grueso de personas capturadas en actos de delincuencia.” (Arocha, 1998, 207)

Si bien después de la constitución del 91 hubo una apuesta por la inclusión de las comunidades étnicas, las condiciones reales de muchas personas afrodescendientes no cambiaron de manera sustancial, puesto que su ubicación en lo más bajo de las valoraciones sociales y espacialmente un importante número de ellas como habitantes de la periferia los vinculó a territorios donde se presenta de manera más cruenta el conflicto armado del país. Para evidenciar la inclusión formal o a medias, es importante analizar las cifras de la tabla 1 (ver anexo 1) que compara a los afrodescendientes con el resto de la población- como una muestra de la inclusión retórica pero no la inclusión real como ciudadanos con plenos derechos en términos políticos, económicos y sociales.

La tabla 1 (ver anexo1) permite ver el panorama de las condiciones de vida de un aparte importante de los afrodescendientes en Colombia y las dificultades que experimentan para vivir de manera digna. Se debe tener en cuenta que estas cifras no son del todo confiables porque se presenta un subregistro y aún en Colombia no existen bases de datos unificadas, que permitan conocer de fondo la situación real de toda la población afrocolombiana.

“Tal y como se dijo anteriormente, las condiciones socio económicas de esta minoría étnica son muy precarias. Se presenta un considerable déficit en la oferta de servicios sociales: cupos de educación, salud y vivienda digna, entre otros. Especialmente hay una brecha con el resto del país relacionada con la salud materno infantil, el acceso a servicios básicos domiciliarios y el acceso a la educación media y superior.”⁹

En cuanto a las dificultades económicas, los afros también poseen los peores indicadores del país y como lo publicó para 2008 Acción social de la presidencia, estas minorías viven con un ingreso per cápita promedio a los 500 dólares al año.¹⁰

⁹Ibídem. Pág. 15

¹⁰Ibídem. Pág. 16

Esta realidad difícil que viven los afrodescendientes se hace mucho más complicada a la luz del conflicto armado colombiano, puesto que, se combinan los tres tipos de violencia que conforman el triángulo vicioso de la violencia (Galtung,12.1989), dándose una serie de interacciones que permiten legitimar los actos directos que contra ellos son ejercidos, ya que, esta violencia se ha incrustado en la estructura profunda de la sociedad excluyéndolos, discriminándolos e integrándolos forzosamente - bajo ciertas condiciones desfavorables- al proceso de construcción y desarrollo de nación colombiana. Todo lo anterior, encuentra sus antecedentes en el patrón histórico de radicalización y discriminación socio-racial en desarrollo desde el siglo XVI.

2.2. Marco general de la discriminación, la violencia y el conflicto armado en la sub-región del Urabá-antioqueño.

Historia y geografía de la violencia en la subregión Urabá antioqueño:

Para poder realizar el análisis de la violencia simbólica, elemento ausente o mejor dicho sólo mencionado en las investigaciones sobre conflicto armado y violencia en Colombia referidas en el primer capítulo; es necesario preguntarse, ¿a quiénes y en qué circunstancias de modo, tiempo y lugar es que el accionar bélico, la fuerza física (violencia directa) y la debilidad estatal (violencia estructural) causan más efectos nocivos sobre la población civil y la cultura?

En la respuesta a este interrogar, hay que tener en cuenta ubicación geográfica, dinámicas económicas, sociales y políticas y desde luego la posición como minoría cultural dentro de este proyecto de nación llamado Colombia. La represión y exclusión a la que estos colectivos sociales han estado sometidos en el país son los elementos primordiales para esa búsqueda y ese entendimiento de esa violencia simbólica que se efectúa hacia ellos y puede ser evidenciada en el racismo con el que se les trata.

“La grave situación de derechos humanos que afrontan los grupos étnicos en

Colombia ha conllevado un déficit de pervivencia de muchos pueblos indígenas y comunidades negras, y ha originado alarmantes niveles de pobreza y precariedad en sus condiciones de vida, así como la ruptura de procesos culturales y sociales importantes tanto para su desarrollo humano como para la preservación del patrimonio cultural de la nación(...) El derecho a la vida, a la integridad, al goce efectivo de los derechos al territorio, identidad, autonomía, gobierno propio, consulta previa, salud, educación y demás garantías que emanan del ordenamiento jurídico, de los cuales son titulares los grupos étnicos, son vulnerados a causa del conflicto armado que aflige al país, el cual afecta de forma extremada a los pueblos indígenas y a las comunidades negras.”¹¹

Es por todos esos componentes de violencia social, económica y política contra las minorías étnicas que se puede explicitar ese elemento simbólico de la violencia que es silencioso pero mortal. Por tal razón para este trabajo se dará cuenta sobre las comunidades afro en Colombia que son las que experimentan estos elementos de exclusión, represión e integración forzada, ya que:

“las cifras demuestran que la situación actual de la población afro colombiana afectada por el conflicto armado interno y en especial por el desplazamiento forzado es bastante crítica y aún no existen ni las condiciones, ni las garantías para pensar en una transformación del fenómeno. El 98.3% de los afrocolombianos en situación de desplazamiento viven bajo la línea de pobreza, sin tener opciones laborales viables y dignas. De acuerdo con los datos generados por la Encuesta Nacional de Verificación, más del 55% de los afrodesplazados trabajan más que el máximo nacional de 48 horas por semana, lo que ha tenido graves impactos para las familias y el tejido social de las comunidades. De igual manera, la violencia ejercida sobre los territorios, comunidades y líderes ha debilitado los procesos organizativos de la población afro colombiana.”¹²

¹¹Decimoctavo Informe del Defensor del Pueblo al Congreso de la República de Colombia. Primera parte / Defensoría del Pueblo. -- Bogotá, D.C.; Defensoría del Pueblo, 2011. Pág. 111

¹²Artículo online: Ministerio de Cultura. Caracterización y situación actual de la población afro colombiana, palenquera y raizal. 2009. Tomado de: http://www.mincultura.gov.co/?id_categoria=26030

En primer lugar se tiene que aclarar que esta interpretación sobre la violencia simbólica- cultural no se desarrollara sobre toda la población afro, sino que, se utilizara para efectos del análisis, un caso específico. Para vislumbrar la violencia simbólica se utilizó como herramienta de ilustración un par de municipios del departamento de Antioquia que componen el eje bananero y la realidad de su agro-industria. Allí a lo largo de los años se han producido procesos de inclusión y exclusión hacia las comunidades afro que marcan un patrón histórico desde la llegada de los primeros negros al territorio hoy conocido como Colombia, también las realidades propias del conflicto armado y además, dinámicas de convivencia propias de zonas de colonización regional en todos los ámbitos.

Es importante brindar un panorama de la zona de estudio, ya que permitirá entender las particularidades de la violencia cultural que se ejecuta hacia los afrocolombianos en la zona y los sucesos de violencia que allí se han producido. En primera instancia, es importante remontarse a la época de la conquista, en donde la región del Urabá fue uno de los puntos de mayor resistencia indígena en contra de los españoles, además que fue zona de disputa entre los propios colonizadores. *“Las principales disputas sucedidas se pueden resumir de la siguiente manera:*

1. *Entre Pedrarias Dávila y Vasco Núñez de Balboa por Santa María la Antigua del Darién.*
2. *Entre Pedro y Alonso de Heredia a nombre de Nueva Andalucía (Cartagena) y Julián Gutiérrez por Castilla de Oro (Panamá).*
3. *Entre Juan Badillo por Nueva Andalucía y Francisco Cesar, acompañado de Pascual de Andagoya a nombre de Castilla de Oro.*
4. *Por la fundación de San Sebastián de Buenavista.”¹³*

Después del proceso de independencia la zona del Urabá se caracterizó por la colonización paisa en términos políticos, económicos y culturales. “El proyecto

¹³URIBE DE HINCAPIE, María Teresa. *Desplazamiento forzado en Antioquia 1985-1998*. Secretariado nacional de pastoral social, Sección movilidad humana. Universidad de Antioquia. Bogotá 2001. Pág. 20

político y ético-cultural antioqueño tenía varias dimensiones: el desarrollo vial como garantía del proceso mercantil exportador-importador; la producción de oro, el otorgamiento de baldíos, la solución al problema de enajenación de tierra estancada en los resguardos indígenas y la articulación de los pobladores ancestrales, indios y negros, a la sociedad civil en formación, mediante su conversión en ciudadanos, sujetos de derechos y deberes, con casa poblada y con propiedad individual.” (Uribe, 1992, 22)

Las dinámicas sociales en este territorio se configuraron de acuerdo a los intereses de los colonos antioqueños, lo cual marco de manera sustancial la vida de las minorías en esta región del país, puesto que fueron incluidos en unas dimensiones económicas, políticas y sociales de un proyecto ajeno a su cosmovisión. Durante el periodo de la Violencia en Colombia la zona fue refugio para las guerrillas liberales, evidenciando la seria disputa por el poder político de la región. Después del frente nacional se van sumando actores a la disputa política en el Urabá como por ejemplo la ANAPO en los 60’s y la UP en los 80’s.

“En las elecciones de 1990-1992 la UP obtuvo las alcaldías de Apartadó, Chigorodó y Mutatá mientras Turbo y Carepa consiguieron la liberal y en 1992 la UP, extendió su victoria electoral a las alcaldías de Turbo, Chigorodó y Murindó a pesar de que sus miembros habían sufrido una baja sensible en 1990 por efectos de la violencia.”¹⁴

En la zona hizo presencia el accionar de distintos grupos armados: el EPL, las FARC y las milicias Bolivarianas. El control político y social se mantuvo en disputa desde la colonia y en los 90’s la situación empeoraría debido a la cantidad de actores involucrados, ya que en esta década comenzaría la arremetida paramilitar dirigida por Carlos Castaño en la región, con una dinámica de exterminio y desplazamiento (Violencia directa) de los simpatizantes de la guerrilla y en general

¹⁴URIBE, María Teresa. *Desplazamiento forzado en Antioquia 1985-1998*. Secretariado nacional de pastoral social, Sección movilidad humana. Universidad de Antioquia. Bogotá 2001. Pág. 23

de los movimientos y personas con ideología de izquierda. Es importante mencionar que el Estado también era partícipe de esa disputa político-militar de la región haciendo presencia con la institucionalidad militar, encabezada por el General Rito Alejo del Río quien obtuvo el rotulo del “pacificador de Urabá” por su campaña de violencia apoyando a los paramilitares a extender su control en la región¹⁵ eliminando cualquier movimiento, pensamiento y opinión política de izquierda.

“En síntesis, la inserción del territorio en la vida jurídico administrativa del país se corresponde más con una estrategia de control político militar, por ello ha sido formalista y epidérmica. La articulación política de Urabá a la sociedad mayor, al corpus de la Nación, ha estado marcada por las equivocaciones y los conflictos; ello refuerza el carácter de zona de exclusión, tanto respecto a Antioquia como a la Nación”¹⁶

Apartadó, por ejemplo, es un municipio de la subregión que fue fundado en 1907 y que tiene 600km² de extensión, con una extensión urbana de 6.7 km² y cuenta con una población de 103.170 habitantes según el censo del 2005 del DANE. Según la cara de generalidades de Antioquia de 1999¹⁷ las necesidades básicas insatisfechas y las condiciones de vida son del 51.1% con una miseria de 27.3% (censo de 1993), la tasa de analfabetismo es del 10.7% con un promedio de años de educación 4.4% y alumnos matriculas en educación superior 1.017 y en el SENA 2.989. Algunos aspectos de la salud del municipio arrojan un 25.5% de desnutrición siendo la tasa de desnutrición crónica de 14.1% y de desnutrición aguda 19.4%. La cobertura de servicios públicos en energía es de 82.4% en acueducto 79.6% y 80% en alcantarillado.

Según datos del censo del DANE en 2005 de un total de la población de 131.405 habitantes un 42.64% son afrodescendientes, los cuales a su vez representan el

¹⁵Editorial. (2012, 24 agosto El Tiempo. Tomado de: http://www.eltiempo.com/justicia/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12160626.html

¹⁶URIBE, María Teresa. *Desplazamiento forzado en Antioquia 1985-1998*. Secretariado nacional de pastoral social, Sección movilidad humana. Universidad de Antioquia. Bogotá 2001. Pág. 23

¹⁷Acción social de la presidencia (2006, diciembre).

1.3% respecto al total de la población afro del país (ver tabla2). Según el DANE para el 2005 la población total desplazada era de 5.960 personas de las cuales 2.206 eran hombres y 3.754 mujeres.¹⁸ Según los datos del censo de 2005 en la cabecera municipal se encuentran 46.593 afrodescendientes mientras que en lo rural viven 7.459 afros para un total de 54.052 en Apartadó. (Ver anexo2)

2.3. Caracterización cultural

En pro de una caracterización cultural general es necesario señalar algunos rasgos de asimilación e integración del municipio dado distintas circunstancias históricas. Desde la colonia el municipio se constituyó históricamente como zona marginal dado las luchas administrativas y los procesos de resistencia de los pueblos indígenas. Como herencia colonial Apartadó en la subregión del Urabá antioqueño fue una zona marginal, ilegal y en disputa, zona de refugio y precozmente caldo de cultivo de múltiples contradicciones. Ya en la república la zona en mención contaba con escaso poblados y arrastraba desde la colonia el ser el refugio de distintos grupos sociales excluidos, esclavos fugados, derrotados de las guerras civiles (Uribe, 1992,42).

Durante el siglo XIX en el proceso de conformación de la república y como preámbulo a la fundación del municipio de Apartadó propiamente dicho “Los pobladores desarrollaron economías de subsistencia, pero también se vincularon a la extracción de recursos agrícolas y mineros” (Restrepo, 2011, 163).

Ahora bien, en la subregión del Urabá antioqueño donde se encuentra Apartadó el siglo XX específicamente desde los años 80 para acá la historia está marcada por lo complejo del territorio, la pluriétnia, la multiculturalidad, la riqueza en recursos naturales y agroindustriales sobre todo la subregión centro se caracterizara por su mayor dinamismo económico, demográfico, social y político. Dice al respecto el

¹⁸Ibidem.

documento de la pastoral social y la universidad de Antioquia titulado desplazamiento forzado en Antioquia 1985-1998:

*“En esta (subregión centro) se diferencian dos sistemas de producción dominantes, la agricultura de exportación, altamente tecnificada, importante para la generación de divisas, desarrollo económico y empleo y la economía campesina tradicional ubicada en áreas con serias restricciones para el uso agrícola y pecuario. Su estructura social responde a variados modelos de intervención que han generado conflictos en los diferentes órdenes de su desarrollo; ha logrado gestar una cultura urbana en lo que se llama el eje bananero con una característica pluriétnica determinada por los paisas, sinuanos, caribeños, indígenas y negros que la habitan. Esta zona incluye los municipios de Turbo, Apartadó, Carepa y Chigorodó.”*¹⁹

Como arriba se dijo “la mejor esquina” de Sur América es compleja y paradójica, todos sus atractivos la hacen zona de abundancias y de violencias. Aparte de las identidades históricas y culturales, étnicas y regionales. “En Apartadó la historia de la movilización sí genera divisiones en la medida en que al mismo tiempo fue reprimida y permeada por los actores armados. Surgieron entonces identidades militantes según la adscripción a la organización social. Identidades que chocan y marcan la construcción de memorias diversas sobre los hechos de violencia” (Restrepo, 2011,)

En el marco de la complejidad y conflictividad de la región es imprescindible mencionar la violencia paramilitar y el papel fundamental que tuvieron sectores del Estado tales como las fuerzas militares, es de recordación el papel del General Rito Alejo del Rio. También no se puede olvidar el que la violencia paramilitar fue utilizada por el sector empresarial, las elites regionales y las multinacionales (el caso Chiquita Brands). Después de las guerras entre las guerrillas (choque entre el EPL y las FARC) la pacificación tubo nombre de paramilitarismo y por ende el

¹⁹ URIBE, María Teresa. *Desplazamiento forzado en Antioquia 1985-1998*. Secretariado nacional de pastoral social, Sección movilidad humana. Universidad de Antioquia. Bogotá 2001

recrudescimiento de la violencia.

“Mientras la confrontación se agudizaba, Urabá fue declarada nuevamente “Zona especial de Orden público”. La confrontación se mantuvo entre 2000 y 2004 con un alto costo para la población civil. El 25 de noviembre de 2004 se desmovilizaron las estructuras paramilitares presentes en el Eje Bananero (...) En Turbo, Chigorodó y Apartadó han aparecido pandillas y bandas que cometen diferentes tipos de delitos y que aumentan la percepción de inseguridad. Por otra parte, se ha fortalecido el narcotráfico en la región, a la vez que han aumentado las luchas por el control del negocio. Los rumores y denuncias sobre el accionar de nuevas generaciones de grupos paramilitares al servicio de narcotraficantes, ganaderos, bananeros, empresarios y comerciantes aumentan (Observatorio de ddhh, 2004, pp. 41-42)” (Restrepo, 2011,170)

Dando por descontado que las FARC no dejaron de hacer presencia en la zona después de la arremetida estatal-paramilitar, para esta guerrilla el área sigue siendo un objetivo estratégico a recuperar. “Es en este contexto en donde la población se divide entre quienes niegan la historia de violencia, quienes la reivindican, quienes aceptan los procesos de reparación y quienes los rechazan” (Restrepo, 2011,170)

En la actual situación se percibe, tratándose de la memoria histórica, un recuerdo en Apartadó de los años intensos de la confrontación sin consenso alguno. Los “marcos del recuerdo” muestran una construcción peculiar de la territorialidad, y las identidades. En el municipio, los hechos de violencia son interpretados y recordados de acuerdo a los grupos y al juego entre hegemonías y subalternidad. Estamos lejos de una versión de historia compartida. En la cotidianidad y en la población en general la violencia de la década de los 80’s se ve ya un tanto lejana y ajena. “No se recuerda la violencia como un todo, sino como experiencias personales, con lógicas poco comprensibles” (Restrepo, 2011,173)

Esta multiplicidad de memorias, su carácter selectivo es descrita por los

historiadores como una realidad que construyen tres discursos o tres posiciones discursivas según las relaciones de poder a la fecha, el discurso de los desplazados, el de los sometidos a los paramilitares y el de quienes generaron acciones de resistencia (Restrepo, 2011, 174).

Esta sección del trabajo de grado había iniciado con el reconocimiento de las riquezas, complejidades y violencias de la subregión. El conflicto armado contemporáneo es producido y productor de esta tupida conflictividad y es por ello que él no escapa a la caracterización y configuración regional y específicamente en el municipio de Apartado:

“En Apartadó se narra la violencia en el marco de una sociedad pluriétnica, laica, marginal, en medio de procesos de desarrollo acelerados y bajo dominios armados divididos y que impactaron en el nivel grupal. Cada marco implica vulnerabilidades distintas frente a la violencia y formas particulares de asumirla” (Restrepo, 2011,185)

Es de subrayar que en la explicación del conflicto que propone Galtung y la interacción entre los vértices del triángulo vicioso tenemos que leer, extrayendo entre líneas, algunas inferencias que el experto noruego deja implícitas. Por ejemplo es claro que uno de los rasgos de la violencia simbólica es la rutinización y “aceptación resignada” de la violencia directa y la violencia estructural:

“En Apartadó se construyen memorias divididas de acuerdo con las identidades políticas o con los impactos de la violencia. Esta llega a magnitudes tales, que los hechos se rutinizan. La violencia cotidiana queda incluso sepultada en medio de hechos violentos espectaculares por su nivel de barbarie. Las explicaciones de los hechos se delegan a los actores armados y permiten en algunos momentos fortalecer militancias. Este tipo de construcción no permite que existan consensos sobre el pasado” (Restrepo, 2011, 185).

2.4. Órdenes regionales y cruces de violencias: estructural, directa y simbólica.

Se captura a pueblos de África, se les obliga a cruzar el Atlántico para trabajar como esclavos, mueren millones en el proceso- en África, en los barcos, en las Américas-. Esta violencia directa masiva, a lo largo de siglos, va calando y sedimenta como violencia estructural masiva, con la raza blanca como los amos superiores y las personas de raza negra como esclavos inferiores, produciendo y reproduciendo violencia cultural masiva con ideas racistas por todas partes. Pasado un tiempo, se olvida la violencia directa, se olvida la esclavitud, y sólo se ven dos conceptos, los suficientemente descafeinados como para entrar en los libros de texto universitarios: discriminación por violencia estructural masiva y prejuicio por violencia cultural masiva. Saneamiento del lenguaje: en sí mismo violencia cultural. (Galtung, 2003, 13)

Los datos anteriores-sobre todo del municipio de Apartado- pueden ser leídos con las tres aristas del triángulo de la violencia presentado por Galtung (2003) y para esto es importante relacionar los tres tipos de violencia entre sí. En primera instancia es importante tener en cuenta la diferencia en la relación temporal de los tres conceptos de violencia, ya que, la violencia directa es o son acontecimiento (s), la estructural es un proceso y la violencia cultural es una constante, una permanencia las más de las veces sigilosa en el tiempo (Galtung, 1989, 12).

El conflicto armado colombiano tiene raíces profundas que permiten su análisis desde la colonia con las diferentes lógicas políticas y administrativas ejercidas por los españoles y, desde luego, de la época republicana y su imaginario de construcción de nación, que el criollismo proyecta a futuro para la conformación de lo que hoy es Colombia. Ahora bien, para nadie es un secreto, este proceso de construcción tubo una fuerte y marcada característica regional, en el que cada circulo de poder- elites- elaboró su proyecto para la nación desde lo local. Es por estas razones que la interpretación de la violencia en Colombia contiene todos los elementos que Galtung menciona y elabora en su triangulo vicioso de la violencia, es decir que el conflicto armado que aqueja al país puede ser entendido desde las

tres aristas de la violencia- directa, estructural y simbólica- que por sus dinámicas permite entender los problemas sociales, económicos y culturales que alimentan este conflicto.

“Esto lleva una imagen de estratos de la violencia (complementaria a la del triángulo) de la fenomenología de la violencia, útil como paradigma que genera una amplia gama de hipótesis. En el fondo está el constante caudal de la violencia cultural a lo largo del tiempo, de cuyo sustrato las otras dos formas pueden extraer sus nutrientes. En la siguiente capa están ubicados los ritmos de la violencia estructural. Se van construyendo, desgastando o van siendo destruidas las pautas de explotación, con el acompañamiento protector de la penetración-marginación que impide la formación de la conciencia y la fragmentación-marginación que impide la organización ante la explotación y la represión. Y en la parte de arriba, visible al ojo desnudo y al empirismo de a pie, está el estrato de la violencia directa con todo su historial de crueldad directa perpetrada por seres humanos contra otros seres humanos y contra otras formas de vida y de naturaleza en general” (Galtung, 2003, 13)

Como se mencionó anteriormente la violencia puede ser entendida y puede ser originada desde cualquier ángulo, pues como Galtung lo describe es un triángulo vicioso que se alimenta entre sus diferentes aristas.

La investigadora Clara Inés Aramburo (2003) en su tesis de maestría titulada *Región y Orden: El lugar de la política en los órdenes regionales de Urabá*, contribuye a comprender de manera indirecta, sin proponérselo explícitamente el triángulo de la violencia de Galtung cuando interpreta la historia de la subregión del Urabá antioqueño desde el concepto de orden tomado de las teorías de la complejidad y el caos. En estas teorías el orden se contrapone al caos, sin embargo, el uno se nutre del otro y el proceso se estudia como una continuidad/discontinuidad, estabilidad/inestabilidad, incertidumbre/certidumbre, normalidad/ crisis, etc. Para el caso que nos ocupa Clara Inés Aramburo identifica y estudia de manera detenida el orden de la colonización, el orden del capital y el

orden de la seguridad²⁰. Desde el punto de vista de este trabajo de grado estos órdenes son entendidos como relaciones de poder producidas y productoras por la interacción de los tres vértices del triángulo de la violencia de Galtung:

“El rompecabezas de interacciones entre realidades ha dado lugar a tres órdenes en la historia reciente de la región de Urabá (segunda mitad del siglo XX- hasta hoy), anudados alrededor de tres procesos de duración más o menos establecida que han marcado hito: i) la colonización, ii) el capital, iii) la guerra o sus consecuencias. Son cortes que han redefinido las relaciones entre los sujetos (de poder, con la tierra, el mercado, productivas, interculturales, entre otras) y han incorporado de forma diferente a los distintos órdenes -con minúscula- (cultural, social, político, económico, ambiental); es decir, cambian las reglas de juego según el eje ordenador y las interacciones que se den alrededor de cada uno de ellos.” (Aramburo, 2003)

De acuerdo con la propuesta de análisis de Clara Inés Aramburo, el orden de la colonización ubicó a los pobladores cerca de los recursos estratégicos que la subregión del Urabá bananero ofrecía, generando de esta manera un fuerte sentimiento de arraigo y disputa por la tierra en la zona. El orden que se establecía con las oleadas colonizadoras generaba distintos imaginarios colectivos y distintas formas de organización y convivencia entre la multiculturalidad que se conglomeró en la zona.

“Cada nueva corriente colonizadora que llegaba a la región desordenaba el orden existente. Esto creó tensiones entre órdenes culturales sobre todo con la cultura paisa, concretamente con el proyecto hegemónico al que debían obligación los

²⁰Los tres Órdenes de Urabá son particulares a la región y, por ende, irrepetibles en otras regiones. Hacen parte de la identidad regional y muestran cómo la región ha cruzado sus realidades de cierta manera. El Orden es acumulativo pero siempre nuevo: a medida que transcurre la historia, que se viven procesos significativos capaces de dar lugar a un nuevo Orden, éste no prescinde de todos los contenidos del Orden transformado, pues, como se dijo, lo que había no se destruye sino que se incorpora en el nuevo Orden en forma de memoria, experiencia, representación o discurso. (Aramburo, 2003)

funcionarios y empleados departamentales, y al que se contraponía el pensamiento más liberal, abierto y menos moralizante de costeños y chocoanos.”
(Aramburo, 2003,108)

Teniendo en cuenta lo anterior se puede plantear una interacción entre el orden colonizador expuesto por Aramburo (2003) y la violencia estructural y cultural que plantea Galtung en su triángulo de la violencia. En primera instancia, el orden estructural en Urabá cuando esta subregión pasó a ser jurisdicción del departamento de Antioquia, propicio una violencia estructural que impuso un régimen extractivo que respondía a las demandas de Medellín como centro de control. Quizás una interpretación puede ser que la existencia de una cantidad representativa de organizaciones sindicales de la zona es un ejemplo de la violencia estructural ejecutada contra la sociedad y los trabajadores. Teniendo en cuenta que las diferentes violencias del triángulo de Galtung se reproducen la una a la otra en todas las direcciones, se puede percibir que la violencia estructural en la subregión de Urabá alimentó la violencia cultural.

“De hecho, una de las mayores formas de violencia cultural en las que incurren las elites gobernantes es la de culpar, marcándola como agresora, a la víctima de la violencia estructural que lanza la piedra no en un invernadero, sino para escapar de la jaula de hierro. La categoría de violencia estructural debería hacer transparente semejante violencia cultural” (Galtung, 2003,13)

Este orden colonizador antioqueño se vio enfrentado a una multiplicidad de colectivos que poseían ideales, imaginarios y órdenes culturales distintos, por ejemplo los afrodescendientes, como resultado de dicho enfrentamiento, el orden colonizador hizo que estas comunidades fueran más proclives al moldeamiento estructural obligándolas a una vinculación violenta y cuasi violenta de las dinámicas económicas y sociales subregionales. “Al tiempo de definirse un nosotros, se definió un ellos: el de la burocracia, los militares, empresarios y terratenientes que, como categoría, tenían lugar, hacían parte y estaban incorporados en un antiguo nosotros cultural.” (Aramburo, 2003, 110)

Se puede evidenciar la violencia cultural con la jerarquización del orden social en la que los afrodescendientes ocuparon el nivel bajo de esa pirámide social que desde el orden colonizador se impuso como violencia estructural.

En cuanto a las dinámicas del orden del capital se pueden evidencia prácticas de violencia directa, violencia cultural y estructural.

“El progreso era la promesa de la agroindustria y representaba la mutación del orden existente, o la realización del orden que los paisas no habían podido lograr con el proyecto colonizador de llevar luz a la barbarie. Los resultados de ese progreso hicieron manifiesta la idea contraria: para los pobladores excluidos del nuevo proyecto, éste era sinónimo de degradación al haber roto con el orden existente en el que las perspectivas parecían más benévolas para la mayoría de pobladores, más incluyente y con mejores opciones de realizarse como sujetos, nacidos de una relación intercultural sin perder la adscripción a sus propios grupos culturales.” (Aramburo, 2003, 175)

Este orden del capital también generó violencia cultural bajo la modalidad de imposición ideológica (Galtung, 2003, 16). Esta imposición y este enfrentamiento ideológico alimentó la violencia directa expresada en el enfrentamiento Estado y guerrillas que a su vez era alimentada por la violencia estructural.

“El Orden del Capital se fundó en la instalación de la agroindustria bananera en la década de los sesenta y en la implantación de las reglas del mercado en una región que apenas se estaba configurando por un rumbo diferente a la exportación de productos agropecuarios. Los cambios producidos por la llegada del dinero (y sus prácticas, instituciones y organizaciones de apoyo) “desordenaron” lo que estaba construyéndose: hubo crisis en el colectivo de colonos constituidos en sujetos, se provocó el realineamiento de fuerzas dispersas, la construcción de nuevos sujetos sociales y políticos que se manifestaron en contra de ese modelo de desarrollo” (Aramburo, 2003, 173)

La llegada del dinero a la subregión produjo nuevas dinámicas sociales de relación

en las que se puede evidenciar una violencia cultural hacia los afrodescendientes, puesto que como comunidades minoritarias fueron impelidas a subordinarse a un nuevo sistema de desarrollo y fuerzas del mercado que los ubicó en la explotación del obrero agro-industrial y sólo a un paso de la marginalidad del orden colonial.

Después de la arremetida paramilitar y los procesos de “pacificación” de la subregión de Urabá que fueron apoyados por el Estado colombiano, se puede evidenciar que el tercer orden, el de la seguridad planteado por Aramburo (2003), se relaciona con prácticas de violencia estructural que generaron la violencia directa a finales de los 80’s y principios de los 90’s con ese enfrentamiento entre grupos paramilitares y ejército contra las FARC. Ya con el control paramilitar de la zona se empiezan a reproducir diferentes violencias que alimentan la violencia cultural hacia los afrodescendientes por su condición de minoría. Estigmatizaciones y señalamientos como el de ser auxiliares de la guerrilla o de ideología de izquierda plantea no sólo una violencia estructural ejercida por el ente de control que imparte una supuesta seguridad en la zona como lo hicieron los paramilitares; sino que también se manifiesta una expresión de violencia cultural a través del racismo, tal y como lo plantea el observatorio de Discriminación Racial de la Universidad de los Andes:

“Estos hechos son una clara muestra del uso de “perfiles raciales selectivos” por parte de los miembros de las Fuerzas Armadas, quienes estigmatizan a la población afrocolombiana que se encuentra en zonas de conflicto y la expone como objetivo militar de los grupos guerrilleros o paramilitares”²¹

2.5. Interpretación de la violencia cultural hacia los afrodescendientes a la luz de la discriminación subregional del Urabá antioqueño y el racismo en Colombia.

La subregión del Urabá antioqueño no escapa a una percepción generalizada de

²¹Observatorio de Discriminación Racial. (2009, Agosto) Informe alternativo al décimo cuarto informe presentado por el Estado colombiano al Comité para la Eliminación de la discriminación Racial. Pág. 33. Tomado de: <http://odracial.org/index.php?modo=interna&seccion=publicaciones>

violencia simbólica en toda Colombia, de historia de segregación, interiorización, discriminación, invisibilización y normalización de la desigualdad racial. Ahora bien, con la violencia simbólica sucede que es “fácil” obviarla ya que, como Galtung no cesa de reiterarlo, es profunda y oculta, sobretodo en estas épocas de “lo políticamente correcto”. Pero además porque a la ligera se afirma que hemos superado pasados cargados de humillaciones y ofensas y ahora, como somos modernos, hemos alcanzando la democracia racial.

Sobre esto y precisamente el Observatorio de Discriminación Racial (ODR) ha cuestionado el “mito de la democracia racial”, esa idea generalizada de la no existencia de la discriminación por raza supuestamente por la herencia mestiza y del mestizaje borrador de fronteras y diferencias étnico raciales. El mismo Observatorio cala en mostrar como el racismo indirecto es más oprobioso porque oculta el directo, es decir, ese racismo que se manifiesta en el hecho de que los grupos étnicos (indígenas y negros) son los grupos poblacionales sobre los cuales recaen los embates de la pobreza, los indicadores precarios de esperanza de vida, las tasas más altas de mortalidad infantil, ayuno y desplazamiento forzado.²²

El eje bananero ha sido históricamente, como lo dijimos arriba, una zona en las que se producen las manifestaciones variadas de violencia y de recrudecimiento del conflicto. Allí desde antaño, se refugiaron pueblos perseguidos, principalmente, comunidades negras. Pero sobretodo, es patente que en esta zona, en algún grado de similitud con la zona del Pacífico chocoano, los órdenes (de la colonización, el capital y la seguridad) se entrelazan y se co-definen con las violencias estructurales, directas y simbólicas:

“En general, el antioqueño tiende a ver a los morenos de Turbo como seres

²²Observatorio de discriminación Racial. (2011) Carta a los Honorables Magistrados: Respuesta al oficio OPT-A-124/2011 Expediente T-2868287. Acción de tutela instaurada por Heiler Yesid Ledezma Leudo contra la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Tomado de: <http://odracial.org/index.php?modo=interna&seccion=acciones>

inferiores, sucios, pecadores, torpes, perezosos y cobardes, más cerca de lo salvaje, como parte integral de un paisaje que oscila entre la belleza idílica de las selvas rebosantes de riqueza, en contraposición a la decadencia humana, convirtiéndose en claro discurso legitimador de una ideología colonialista” (Ríos, 2001, 69)

Los historiadores de la dimensión cultural en conflicto de la subregión Urabá han recabado en las tensiones discursivas que expresan el racismo y han escuchado las voces de los negros que cuando definen a los “cachacos” explicitan sus resentimientos producidos por el racismo de los mismos:

“Cuando se habla de los negros se tiende a hablar a partir del imaginario antioqueño que se tiene de ellos, punto de vista reproducido incluso por los investigadores de la Universidad de Antioquía. Pero rara vez se toma en cuenta el imaginario contrario: el moreno viendo al paisa. Para ellos, el cachaco reúne una serie de atributos que, desde su posición cultural, son defectos en oposición a los cuales se construyen elementos identitarios negros. El cachaco es avaro y codicioso, hasta el punto de llegar a matar por dinero. Tacaño, ya que el dinero es para invertirlo en más dinero en un círculo sin fin. Violento, ya que es por medio de la fuerza que arregla los problemas, donde el honor o la vergüenza pueden ser motivos suficientes para morir o matar. En palabras de Demetrio Zapata: “Yo no sé cómo es que tienen tanta furia papeliá. Eso hasta bebiendo se dan machete hasta matarse. Y tanta policía por acá. ¿Y nosotros los negritos? Que brutos, flojos, feos, cochinos, miedosos y uno callao paevitá. Pero ellos no, joda y joda con lo mismo”. (Ríos, 2001,69)

Los negros de Urabá, de Apartadó, de Turbo, de Necoclí, etc., son conscientes de la discriminación que sobre ellos cae por parte de las “cachacos”, como sus ancestros cimarrones y palenqueros tienen un conocimiento del lugar en que los órdenes regionales los han ubicado, lo cual no quiere decir que ellos hallan “interiorizado” la dominación, todo lo contrario, a través del estereotipo del cachaco se resisten y distancian del mismo, sin por ningún motivo querer parecerse a él. Ellos, los cachacos, no son esbeltos, no saben bailar, no tienen

buena música. Además replican los negros que la música es para bailar y no para hablar como lo hacen los trovadores antioqueños. Si los órdenes aludidos han marginado estructural, directa y simbólicamente a las comunidades afrodescendientes, por su parte estas comunidades no se sienten marginadas, aun siendo marginales a una cultura “cachaca” en ningún momento se ven como inferiores a ella, ni la desean imitar. Es posible que el desarraigo por la tierra sea una resistencia negra al orden del capital.

El historiador Carlos Andrés Ríos nos ilustra el racismo encarnado en los colonizadores paisas en esta región por un personaje que es emblemático de la idiosincrasia del “paisa”, del “cachaco”, un personaje que define la “gesta” conquistadora y colonizadora de la antioqueñidad en Urabá, se trata de la por hoy muy famosa monja: la madre Laura Montoya. Ella es la síntesis de una especie de filantropía católica que en su discurso conlleva oculto el racismo más acendrado y del que participa “la pujante raza antioqueña”, leámosla:

“Mientras sonaba la hora de Dios para los kunas, pensamos en hacerles algún bien a esas pobres gentes de Turbo, tan ciegas y desdichadas. Todos son bautizados, es verdad; pero puede asegurarse que no es otra ventaja sobre los infieles de su vecindad. Más degradados que los indios, es natural que la semilla de fe que se les tira cae en pero tierra y que trabajar con ellos es casi desesperante. Además, no sé qué tiene la raza negra pero parece menos sensible a las cosas de dios que la raza india” (Montoya, 1971: 702). “Todos absolutamente son negros, descendientes de africanos, sucios, malos e inciviles. Todos inspiran miedo y compasión. Aquellas almas parecen inabordables y miran a los que ven, como inferiores y a quienes no temen; pero a quienes profesan un desprecio excepcional [...] decían la Santa Misa todos los días los dos padres, el uno para el otro [...] ¡Dios mío! Como si nada hubieran dicho, nadie apareció [...] Se les preguntaba por qué no iban a la iglesia, es decir al ranchito que se llamaba así, y sólo miraban con extrañeza. El que más contestaba que estaba ocupado, que iba a pecá, es decir a pescar. Aquello era una desolación. De los pueblos vecinos la perspectiva no era más desoladora. Todo pecado, dolor y miseria”

(Ibíd.: 685) (Ríos, 2001,69)

Este encuentro de dos culturas diferentes, como lo es el caso de los antioqueños con su proyecto económico de expansión y las comunidades afrodescendientes que habitaban y habitan la subregión de Urabá, nos permite comprender esas dinámicas silenciosas de la violencia, que han sido obviadas u observadas sin mayor detalle desde la ciencia política, puesto que, como lo menciona Galtung es mucho más visible y predecible que se estudie el acto violento directo que puede ser producido por la violencia estructural y viceversa. El elemento cultural que legitima la violencia en este caso es esa idea del blanco de creerse superior debido a su posición económica y social.

“Como es usual en las regiones de frontera, los pueblos en expansión, en este caso el antioqueño, tratan de establecer como modelo exclusivo de vida sus propios patrones socio-culturales. Urabá, hasta entonces región costeña y sabanera con relaciones culturales, comerciales y familiares ligadas principalmente a lugares como Cartagena, Quibdó, Montería y otros sitios de la Costa, comienza a ser dirigida en su desarrollo por Medellín. Con la llegada de migrantes del interior, los grupos regionales y étnicos que habitaban en Urabá pasaron a ser minoritarios. Esta situación implica necesariamente, el surgimiento de prejuicios regionales sustentados en estereotipos y patrones racistas arraigados. Si bien en Urabá no se han dado conflictos donde específicamente se señale esta situación, tampoco es posible desconocer que en los problemas laborales y políticos se manifiesten frustraciones sociales y culturales.”²³

Como se puede ver en la cita anterior, la reproducción y legitimación cultural de la violencia está presente en el contexto del conflicto armado colombiano, que si bien, es invisible a la luz de los actos de violencia directa y las injusticias de la violencia estructural, es una violencia ya interiorizada que se ve reflejada en las víctimas del conflicto que además de ser asesinadas, mutiladas, excluidas y segregadas, son

²³Centro de Investigación y Educación Popular. CINEP. (1995)Informe de la Comisión verificadora de Actores violentos en Urabá- El destino de la frontera: Urabá en los años noventa. Pág. 67

miradas y tratadas con desprecio en su condición de “minorías” saliendo a relucir elementos tan peligrosos como la raza que se convierte en un elemento discursivo que justifica la acción violenta en el conflicto colombiano hacia los afrodescendientes.

Otro ejemplo de violencia cultural hacia los afrodescendientes en esta subregión es la religión:

“El proyecto de antioqueñización en el ámbito de la educación generó resistencias; las que, en últimas, eran una forma de oponerse a los intentos de hegemonía política. Sin embargo, donde más se puede observar la resistencia de los habitantes de Urabá a la antioqueñización es en aquellos aspectos más personales, como la sexualidad y la religión, a través de los cuales Antioquia pretendía lograr una hegemonía cultural y moral. El ejercicio de poder se centró por tanto en el control de la sexualidad. En general, la “barbarie” que describían los funcionarios tenía que ver con las costumbres de los habitantes de la región. Entre ellas deben destacarse el baile y la relación entre hombres y mujeres. En los informes oficiales, las mujeres generalmente, aparecen como maestras, monjas o mujeres de “mala vida”. Las primeras, en correspondencia con la imagen de superioridad étnica y cultural asumida por los antioqueños, eran blancas y del interior, mientras las de “mala vida” eran por lo común mujeres negras.” (Steiner, 2000, 69)

Se podría enlistar y enumerar casos, situaciones y circunstancias en las que afloran distintos grados de violencia simbólica a través de la historia nacional, regional, y subregional. Es importante reiterar esta verdad, por cuanto que si hacemos el ejercicio de un escenario futuro de postconflicto y paz, tendríamos que acopiar no solamente instrumentos y recursos sino también concepciones y memorias del racismo como causa y efecto del conflicto. Llegados a esta conciencia se avocaría la reparación sin la cual no hay un postconflicto con verdad, justicia e inclusión integrales.

CONCLUSIONES

- La ciencia política siguiendo a las demás ciencias sociales (sobre todo la antropología y la historia) debe ampliar sus dominios y métodos de análisis a un concepto complejo y más completo de violencia. Johan Galtung nos indica un camino que es promisorio, no solamente en términos cognitivos sino en términos pragmáticos, en orden a la implementación de medidas de carácter institucional y de administración de justicia, es decir, en términos de reparación integral en el postconflicto.
- Existe en Colombia y en su historia una constante de múltiples expresiones racistas (discriminación directa, estructural, normalizada y silenciosa) que en condiciones de conflicto se constituyen en ocasión de intensificación de la violencia.
- Aunque es comprensible que la ciencia política se ocupe del conflicto en sus manifestaciones más dramáticas y destructivas (violencia directa y estructural) es urgente visibilizar la violencia cultural, silenciosa pero igualmente corrosiva.
- En cierta medida ha sido trascendental que se auto-comprenda Colombia como una nación pluri-étnica y multi-lingüística y que ello se consagre en la Constitución y en las leyes, sin embargo, ello no es suficiente ya que en los procesos históricos concretos y en las realidades cotidianas, la violencia y sus múltiples manifestaciones niegan la filosofía de la igualdad, la inclusión y la libertad de todos los grupos humanos en Colombia.

- La existencia de un patrón histórico general de discriminación y la persistencia de la misma en la actualidad, se puede estudiar y patentizar en toda la geografía del país. Para el caso de la subregión del Urabá antioqueño los órdenes de la colonización, la agro-industrialización y la secularización, están estrechamente vinculados con la consolidación de los mismos y el entrecruzamiento con las violencias directa, estructural y simbólica.
- Quizá como aprendizaje la constitución del 91 “empodero” a las comunidades indígenas y negras colombianas. Esto se ve reflejado en que estas comunidades sean minorías demográficas pero no minorías políticas, culturales y sociales. En la pesquisa documental, estrategia vertebral de esta tesis, aparecieron pasajes y testimonios de cómo los negros resisten a las realidades discriminatorias y excluyentes del poder hegemónico (económico, político y cultural).
- Los esfuerzos de la ciencia política, las ciencias sociales, los paradigmas y metodologías interdisciplinarios, tienen un amplio campo de acción si se proyectan en estudios locales, subregionales y regionales de un lado, pero también, hay una enorme dimensión por explorar, si la teoría social y política se encamina a estudiar las dinámicas de la construcción cultural, sus obstáculos, sus violencias y el sueño de superarlas.

BIBLIOGRAFÍA

- Acción social: Agencia presidencial para la acción social y la cooperación internacional. (2008). Oferta de políticas, planes y programas para la población afrodescendiente desde el gobierno nacional y sugerencias para la cooperación internacional
- Aramburo, Clara Inés. (2003) Región y Orden El lugar de la política en los órdenes regionales de Urabá
- Arocha, J. Friedemann, N (1993). Marco de referencia histórico-cultural para la ley sobre derechos étnicos de las comunidades negras en Colombia. En. Arocha, J. Friedemann, N. Bernal, J, *América negra. 'Pp. 155-172'*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana.
- Arocha, Jaime. (1998) Las violencias de inclusión creciente. Universidad Nacional. Bogotá.
- Artículo online: Ministerio de Cultura. Caracterización y situación actual de la población afro colombiana, palenquera y raizal. 2009. Tomado de: http://www.mincultura.gov.co/?id_categoria=26030. Recuperado 14 Mayo 2013
- Barbero, Jesús Martín (2001) De los medios a las mediaciones comunicación, cultura y poder. México
- Centro de Investigación y Educación Popular. CINEP. (1995) Informe de la Comisión verificadora de Actores violentos en Urabá- El destino de la frontera: Urabá en los años noventa
- Decimotavo Informe del Defensor del Pueblo al Congreso de la República de Colombia. Primera parte / Defensoría del Pueblo. -- Bogotá, D.C.; Defensoría del Pueblo, 2011. Pág. 111
- Editorial. (2012, 24 agosto El Tiempo. Tomado de: http://www.eltiempo.com/justicia/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12160626.html. Recuperado 14 Mayo 2013

- El tiempo digital (en línea). Se aprende a ser racista y antirracista. 26 de septiembre 2012. Disponible en : http://www.eltiempo.com/vida-de-hoy/ciencia/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12258181.html
- Galtung, Johan (1989) Violencia cultural. Gernika Gorgoratz. Recuperado 9 Marzo 2013
- Galtung, Johan (1998) Tras la violencia 3r: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia. Gernika Gorgoratz
- Granados, Aimer (2008) Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina. Buenos Aires. Editorial Suramericana
- Guzmán, German. Fals, Orlando. Umaña, Eduardo (1962) La violencia en Colombia. Bogotá. Taurus
- Hobsbawm (1959) Primitive Rebels: studies in archaic forms of social movement in the 19th and 20th centuries. Manchester
- Langebaek, Carl (1996) Caciques, intercambio y poder interacción regional en el área intermedia de las Américas. Bogotá. Universidad de los Andes
- Ministerio de Cultura (2010). Panorama socioeconómico y político de la población afrocolombiana, raizal y palenquera. Retos para el diseño de políticas públicas
- Observatorio de Discriminación Racial. (2009, Agosto) Informe alternativo al décimo cuarto informe presentado por el Estado colombiano al Comité para la Eliminación de la discriminación Racial. Pág. 33. Tomado de: <http://odracial.org/index.php?modo=interna&seccion=publicaciones>. Recuperado 14 Mayo 2013
- Observatorio de discriminación Racial. (2011) Carta a los Honorables Magistrados: Respuesta al oficio OPT-A-124/2011 □ Expediente T-2868287. Acción de tutela instaurada por Heiler Yesid Ledezma Leudo contra la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Tomado de: <http://odracial.org/index.php?modo=interna&seccion=acciones>. Recuperado 20 Mayo 2013
- Programa de las Naciones unidas para el desarrollo. PNUD.(2003) Informe de desarrollo humano Colombia
- Restrepo, Jorge. Aponte, David (2009) Guerra y violencias en Colombia:

herramientas e interpretaciones. Bogotá Universidad Javeriana

- Salamanca, Manuel. Gómez, Felipe. (2008) Colombia en su laberinto. Libros de la catarata
- Sánchez, Gonzalo. Arocha, Jaime. Pizarro, Eduardo (1987). Colombia: Violencia y Democracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno. Universidad Nacional.
- Sánchez, Gonzalo. Meertens, Donny. (1983) Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia. Bogotá. Áncora
- Uprimny, Rodrigo. Vargas, Alfredo. (1989) La palabra y la sangre: violencia, legalidad y guerra sucia en Colombia, en: Palacio, German la irrupción del paraestado. Bogotá. CERC
- URIBE, María Teresa. *Desplazamiento forzado en Antioquia 1985-1998*. Secretariado nacional de pastoral social, Sección movilidad humana. Universidad de Antioquia. Bogotá 2001

ANEXOS

Indicador	Promedio Nal	Promedio Afro
Alfabetismo	88%	86%
Asistencia escolar (5 años y más)	31%	33%
Nivel educativo (profesional)	7%	4%
Causas cambio residencia:		
- Razones familiares	46.8%	45.9%
- Dificultades conseguir trabajo	15.7%	18.4%
- Necesidad educación	4.4%	4.2%
- Amenaza vida	4.2%	5.6%
Actividad económica (trabajó últimos meses)	38%	35%
Trabajo infantil:		
5-9 años	1.7%	2.6%
10-11 años	2.2%	3.3%
12-14 años	4.5%	4.9%
15-17 años	14.1%	13.6%
Mortalidad infantil x 1.000	26.9%	48.1%
Chocó		77.5%
Esperanza de vida (años)	70.3	64.6
Chocó		58.3

Fuente: DANE, Mayo 2007²⁴

²⁴Acción social: Agencia presidencial para la acción social y la cooperación internacional. (2008). Oferta de políticas, planes y programas para la población afrodescendiente desde el gobierno nacional y sugerencias para la cooperación internacional. Pág. 15.

Municipio	Departamento	Porcentaje de Población Afrocolombiana	
		respecto al total de Afro	respecto a la pob. municipal
Cali	Valle Del Cauca	12.6%	26.22%
Buenaventura	Valle Del Cauca	6.3%	88.54%
Jamundí	Valle Del Cauca	1.3%	60.67%
Palmira	Valle Del Cauca	0.9%	14.52%
Candelaria	Valle Del Cauca	0.8%	53.01%

Zarzal	Valle Del Cauca	0.4%	47.75%
Florida	Valle Del Cauca	0.4%	31.17%
Tuluá	Valle Del Cauca	0.4%	9.05%
El Cerrito	Valle Del Cauca	0.4%	30.55%
Pradera	Valle Del Cauca	0.3%	31.28%
Dagua	Valle Del Cauca	0.3%	39.03%
Yumbo	Valle Del Cauca	0.3%	14.42%
Medellín	Antioquia	3.2%	6.48%
Turbo	Antioquia	2.3%	81.32%
Apartado	Antioquia	1.3%	42.64%
Girardota	Antioquia	0.7%	73.26%
Necoclí	Antioquia	0.7%	58.96%
Bello	Antioquia	0.7%	7.67%
Chigorodó	Antioquia	0.5%	38.10%
San Juan De Urabá	Antioquia	0.4%	86.51%
Itagüí	Antioquia	0.3%	6.09%
Carepa	Antioquia	0.3%	34.14%
Arboletes	Antioquia	0.2%	34.00%
Zaragoza	Antioquia	0.2%	38.77%

Fuente: Censo 2005. Sistema de consulta REDATAM, DANE.²⁵

²⁵Ministerio de Cultura (2010). Panorama socioeconómico y político de la población afrocolombiana, raizal y palenquera. Retos para el diseño de políticas públicas. Pág. 25